REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI | San José, Costa Rica | 1950 | Jueves 30 de Abril | No. 10

Año XXX — No. 1109

RUBEN DARIO, poeta nacional, de América y del Mundo

Por *Gilberto* BARRIOS

(En *Rep. Amer.*)

A Salvador Barberena Díaz, valor auténtico del magisterio nacional; poeta y maestro, como Almafuerte.

G. B.

I

"La Patria sobre todo"

Se han alzado voces, dentro y fuera de Nicaragua, para negar a la poesía de Darío la raíz autóctona. Nada más injusto. La crítica superficial, cegada por la luz intensa del Genio, no ha podido ver, en el autor de "El Canto Errante", al vate magnífico, al portalira prodigioso y múltiple que sin dejar de ser nicaragüense, es continental, y pertenece a todos los tiempos y canta con el acento de todas las razas.

Al rendir su homenaje a la mujer nicaragüense, Rubén le ofrece cosas del solar nativo, poniendo de fondo a su dulce y delicada inspiración el paisaje vernáculo; así vemos que en su "Serenata" a Mercedes V. de Zavala, le prodiga

lo que pueda
en esta tierra tomar;
queja de cada arboleda,
y aromas de la reseda,
y conchas de nuestro mar;

para concluir deseándole una vida

grata y feliz;
llena de flores,
de panoramas
encantadores
como las selvas
de Nindirí.

Herminia Chamorro, Adela y Cornelia Viales, Dolores Carazo, Luisa Guerra, María Ignacia Vidaurre, Carmen Sáenz, Delfina Santos, Lucía Gallegos, Madelina y Zulema Elizondo, Adela Vidaurre, Rafaelita Hurtado, Matilde Fuentes, Emma Flint, Felia Abarca, Merceditas García, Josefa Dubón y quién sabe cuántas otras, cuyos nombres adornan *Albumes y Abanicos*, fueron las musas de carne y hueso del poeta nacional para el que, al decir soberbio y sonoroso de un eminente pensador americano, "los olivos y los laureles de Grecia, eran demasiado pequeños para ocultarle la visión grandiosa de sus oscuros bosques tropicales".

¿Qué otro bardo, nacido dentro del triángulo ideal de nuestras fronteras, ha escrito versos con mayor genuino sabor criollo, que los de la conocida composición intitulada "Del Trópico"? Nada más nuestro, nada más vívido y oloroso a campo nicaragüense que aquello de

Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral;
otro, con caites y sin sombrero,
busca una vaca con su ternero
para ordeñarla junto al corral.

Armando Donoso tuvo una visión exacta del estro de Darío, cuando escribió estas bellas palabras: "León. Cuántas cosas no le evocó siempre su cara ciudad al poeta. Con qué honda emoción recordaba sus casonas peculiares, de recios muros y techos cubiertos con pesadas tejas arábigas; sus iglesias sombrías y su Catedral severa, cubierta de estampas descoloridas, remotas historias de santos que exaltaron las primeras fantasías de sus diez años. La Catedral tuvo un fuerte ascendiente en las primeras vagas inquietudes del poeta: los solemnes días de pontifical, las ceremonias de Semana Santa, la Navidad deslumbrante, las fiestas de Corpus, las procesiones suntuosas, resumían la mitad de sus memorias juveniles. Qué hondo e impresionante recuerdo dejaron en él las procesiones de León. *Ellas hicieron cantar la alondra y poblaron de ensueños su temprana primavera.*

El numen del "Primero de los Poetas de la lengua", extrajo del rico filón del civismo iridiscentes gemas. Cantó la "Unión Centroamericana"; y Valle, Barrundia, Morazán, los Barrios, Cabañas y Jerez vibraron altísimos en la lira patriótica del aedo que, como buen y legítimo nicaragüense, amó el ideal que ha de hacer de cinco jirones un solo Pabellón. Oídle:

Centroamérica espera
que le den su guirnalda y su bandera
Centroamérica grita
que le duelen sus miembros arrancados,
y aguarda con ardor la hora bendita
de verlos recobrados.



Rubén Darío
(Por *Vásquez Díaz*).

Esto que hacemos ahora, es, pues, por nosotros mismos,
no por el gran muerto que ya nada necesita.
Mientras nosotros necesitaremos cada vez
más de él.

Leopoldo Lugones.

Centroamérica llora
porque tarda esa hora.
Desde el volcán de Fuego,
al Cerro de Hule, al Irazú, al Santa Ana,
al Momotombo de la erguida frente,
ha extendido su riego
la fe republicana
en todo corazón grande y valiente.

Más adelante, agrega:

Y aquí, cabe las ondas del Gran Lago,
de sus auras sintiendo el dulce halago;
aquí, viendo el talante
del Mombacho arrogante,
se tiene fe, se alienta
y se sabe gritar: siempre adelante.

Cuando se trata de infundir ánimo, de inyectar coraje, de encender la sangre para el combate, él, que ama la paz y la compañía agregia de sus cisnes, hace sonar la trompa épica que enalteció Tirteo; y compone un "Himno de Guerra", en el cual pide que

Ruda suene la trompa guerrera;
cada libre que sea un león:
Nicaragua señala altanera
ese blanco y azul pabellón.

Sin embargo, lo heroico no es su elemento y así lo vemos batir palmas porque "la hidra feroz de la guerra no mora ya en Nicaragua", sino que "el martillo de la fragua se escucha aquí en esta tierra".

Es por la voz excelsa de Darío que Nicaragua se hace oír ante la Tumba del Padre Hugo; y el Momotombo exclama:

Soy el viejo coloso que bajo el cielo brama;
en el centro de América, atalaya avizor;
Víctor Hugo ha cantado mi alto nombre y
[mi fama,
y aquí estoy con mi tiara de sombras y de llama
sintiendo en mis entrañas de la lava el hervor.

Esta, la hermosa tierra del viejo Nicarao,
con sus lagos do surca por el vapor la nao,
con sus bosques do extiende su copa el
[guayacán...

"Soneto Cívico", "El Organillo", "Brindis" al señor Ministro Lainfesta y al Dr. don Rafael Zaldívar, "En un colegio de Niñas", "Musa Satírica", "Tríptico a Nicaragua" y tantos otros poemas dicen de la inquietud patriótica del Bardo Rey, la que llega hasta el fondo de lo popular, de lo anecdótico, hurgando en la tradición, en la leyenda nativa, como lo comprueba, entre otros tantos trabajos, su Cuadro Dramático "La Cegua". Al encontrarse lejos de la Patria, se acuerda de ella frecuentemente para expresarle su devoción evocando el buey que vió en su niñez "echando vaho un día bajo el nicaragüense sol de encendidos oros". Y vuelve a cantar al Momotombo, poniendo ante el ojo extasiado el panorama idílico

que se duplica en el armonioso espejo
de un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan
[cambiante,
que discernir no deja su ópalo y su diamante,
a la vasta llama tropical.
Momotombo se alzaba lírico y soberano,
yo tenía quince años: una estrella en la mano.
Y era en mi Nicaragua natal.

Termino este capítulo, dejando constancia de mi falta de competencia para agotar el tema apenas esbozado en el presente trabajo, con la esperanza de que sea completado y mejorado por otro que respecto a mí, tenga mayor talento y cultura rubendariana; poniendo como digno remate los versos diamantinos y elocuentes de su augural y sentido "Retorno":

A través de las páginas fatales de la Historia,
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.

Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
y que reuniendo sus energías en un haz
portentoso, a la Patria vigoroso demuestra
que puede bravamente presentar en su diestra
el acero de guerra o el olivo de paz.

II

"América es el porvenir del mundo"

Si Rodó negó ayer a Rubén Darío el título de poeta de América, ¿quién se atrevería a disputárselo ahora?, pregunta Francisco Contreras, glosando el libro *Cantos de Vida y Esperanza*, al que califica de la obra más trascendental de Darío. Estoy muy de acuerdo con la opinión doblemente autorizada del gran escritor chileno; autorizada por ser la de un amigo y compañero de Darío por largos años, y autorizada por ser Contreras eximio miembro de la aristocracia del talento y profundo conocedor de la obra sublime del Padre y Maestro mágico del Modernismo.

Tras de Contreras, tenemos al argentino Ezequiel Martínez Estrada, quien en su *Panorama de las Literaturas*, reconoce en Darío que su espíritu americano fué "otro de sus rasgos dignos de respeto"; a Alberto Ghiraldo, también argentino, sabedor de que "el alma de América ha repercutido en el mundo a los sones portentosos de la lira de este admirable poeta"; y a Vargas Vila, a cuyo conocimiento no se escapó que "Darío creía asistir a la aurora de una literatura americana, y se empeñaba en revelarla a la Europa". ¿Y por qué ignorar el reconocimiento general de "la alegría de todos los triunfos y de una gloria unánime, como hasta entonces jamás había saludado el advenimiento de un poeta en América", de que nos habla Armando Donoso?

Veamos ahora su obra poética. De Norte a Sur, el poeta de América viene derramando sus versos sobre el vasto panorama del Continente de Colón; después de escribir su Medallón a Walt Whitman, "sacerdote que alienta soplo divino", apostrofa a Roosevelt:

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies
[del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció
[la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas";
[esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.

Pasa a Méjico,

de gloria suma,
de altas empresas dechado;
suelo imperial, fecundado
por sangre de Moctezuma.

Llega a Guatemala, y canta:

Quetzal vivo, tiende el ala.
Bajo el cielo azul resbala...
Simboliza en Guatemala
Paz, Idea, Libertad.

A los diez y seis años de edad, en ocasión memorable, rinde su homenaje de cariño y gratitud a El Salvador,

La Patria de Delgado,
de Angulo y otros cien bravos campeones.

Y así, su amor a todo lo americano, va dejando la estela luminosa de su inspiración: Colombia, "bajo la aureola que a la gloria inflama, siempre será la tierra que derrama la savia de los grandes corazones"; Montevideo, "flor de ciudades, ciudad de flores, de cielos mágicos y tierra grata"; a Chile da su Canto Epico, donde (la cita es de Contreras) "muestra, a pesar de las obligadas reminiscencias antiguas, un sentimiento auténtico del mundo americano":

—Oh, las antiguas arpas de los troncos
de las inmensas selvas primitivas,
cuerdas sonantes y bordones roncos
para músicas altas y expresivas.

La República Argentina es la musa soberbia del "Canto", poema de gran aliento, personalísimo y vibrante que nos da una visión magnífica de la América Hispana; también le dedica "Del Campo", cuyo es este cuarteto:

Pradera feliz día. Del regio Buenos Aires
quedaron allá lejos el fuego y el hervor;
hoy en tu verde triunfo tendrán mis sueños
[vida,
respiraré tu aliento, me bañaré en tu sol.

"Desde la Pampa", donde hay tanto color, frescura y cariño, que parece ser la voz de un hijo del Plata la que saluda armoniosa y sinceramente

desde el campo lleno de hojas y de luces
cuya verde maravilla cruzan potros y avestruces,
o la enorme vaca roja,
o el rebaño gris, que a un tiempo luz y hoja
busca y muerde,
en el mágico ondular
que simula el fresco y verde
trebolar.

Su Oda a Mitre y otros poemas más, todos inspirados en motivos, personajes y cosas de su América, justifican amplia y sobradamente el lúcido y acertado pensamiento de Francisco Contreras, cuando reconoce que Darío "penetrado de las sugestiones de la raza, de la tierra, del ambiente, realizó entonces el prodigio de hacer entrar en el verdadero arte, la vida, la naturaleza y la leyenda de América".

Y si hay alguien que todavía quede con deseos de negar a Darío el justo título de poeta de América, le recomiendo que lea el monumental y mirífico poema "Tutecotzimí", la

más bella interpretación, la más sorprendente descripción, el más maravilloso sentir del Continente que es compendio, esperanza y gloria de la Humanidad.

Pecaría de egoísta, si no copiara este fragmento gemático, para cerrar regiamente este capítulo:

Es la mañana mágica del encendido trópico,
como una gran serpiente camina el río hidrópico
en cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino sopló sutil arruga,
el combo caparacho que arrastra la tortuga,
o la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras [toscas,
rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas
del vaho de la tierra pasan cribando el tul;
e intacta con su veste de terciopelo rico,
abanicando el lodo con su doble abanico,
está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;
al viento el pavo negro su grito agudo fía,
y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;
un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;
prolonga la cigarra su chincharchar eterno
y el grito de su pito repite el pito-real.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,
su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,
sus dientes llueven fruta del árbol productor;
y con su vuelo rápido que espanta el avispero,
pasa el bribón y oscuro sanate-clarinero
llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos,
vuelan al menor ruido los quetzales esquivos,
sobre la aristoloquia revuela el colobrí;
y junto a la parásita lujosa está la iguana,
como hija misteriosa de la montaña indiana
que anima el teutl oculto del sacro teocalí.

III

"Cuya alma es una sombra que todo lo ilumina"

Rubén Darío tuvo el presentimiento de su Genio y de su Gloria, la Divina Intuición de su Grandeza, cuando todavía era un hilito de agua lo que estaba llamado a ser un deslumbrante y colosal Amazonas de líricas resonancias y de suntuosas estrofas. Cuenta Diego Manuel Sequeira que Darío, después de recitar su Oda a Bolívar, en la velada lírico-literaria con que el Gobierno de El Salvador celebró el centenario del nacimiento del Libertador, al llegar al Gran Hotel, donde a la sazón estaba hospedado, "ordenó una mesa para cinco comensales y el mejor champaña". Sus imaginarios compañeros, sus supuestos invitados eran Homero, Píndaro, Virgilio y Cervantes, esto es, lo más alto, prestigioso e ilustre de la Literatura Universal. Darío tenía entonces diez y seis años de edad y ya gustaba de rodearse de sus iguales, de sus hermanos en el Genio y en la Inmortalidad. Y efectivamente, hoy su nombre fulgura, con luz propia y exquisita, como astro de primera magnitud, en la constelación de los grandes maestros de la poesía mundial, de los mayores y eternos artífices del verso.

Liróforo celeste, como él llamó a Verlaine; antiguo y moderno, en el crisol de su cerebro se fundieron las ansias de ayer y los entusiasmos de hoy, para darnos esa poesía suya, única, inefable, suntuosa, cósmica.

Darío tuvo muchas almas como Shakespeare, y dejó sentir su influencia creadora en las letras castellanas, señalándoles rutas definitivas. Compañero fraterno de Dante y Camoens, este fatigador de todos los metros transitó también por todos los caminos del Arte puro y de la Belleza absoluta, para escalar victorioso las cumbres impolutas del Ideal, de la Verdad y de la Vida, coronándose Gran Poeta, "el Primero en su Idioma, y uno de los primeros en el mundo, si el mundo tiene otro igual".

Nicaragua, febrero de 1950.



RUBEN DARIO, diplomático

Por *Gabriel* URCUYO GALLEGOS

(En *Rep. Amer.*)

Trabajo leído por el autor en el Acto Cultural del Sindicato de Maestros de Rivas en homenaje del bardo, el 6 de febrero de 1950.

Compañeros del Sindicato
de Maestros de Rivas;
Señoras, Señoritas, Señores:

Con entusiasmo, con devoción y con modestia, vengo hoy 6 de febrero, a los 34 años de desaparecido el bardo nacional Rubén Darío, a leer este pequeño trabajo que tiene por única finalidad rendir un merecido homenaje a su memoria tomando como tesis del mismo la vida de Darío como diplomático.

He dicho que vengo con entusiasmo porque no se trata de hacer "necrofilia oficial", según comenta un autor, lo que está en boga en estos últimos tiempos, sino porque justamente es un acto cultural propicio por la fecha, propicio por el ambiente y propicio porque es una manifestación espontánea de una noble agrupación: el Sindicato de Maestros de Rivas. Y repito que es noble esta asociación no sólo por su fin —la redención de Nicaragua por la cultura, como reza su lema— sino porque está llevando adelante y espero en Dios que así lo siga, todo un programa de acción social que seguramente redunde en beneficio de la colectividad. No podemos negar que se mueve en un medio un tanto estrecho para estas inquietudes del espíritu, pero confío en que su perseverancia y su buen ejemplo han de tener en este mismo medio —como recompensa de su labor— el beneplácito de una sociedad y la gratitud de las generaciones venideras en que han de fincarse algún día el porvenir y la esperanza nacionales.

Garantizando y protegiendo el futuro del Maestro se garantiza y protege al mismo tiempo el futuro de la patria; porque Maestro y Escuela constituyen el grande hogar de la cultura y siendo un pueblo culto avanzamos firmemente hacia la civilización. Es por eso que el Estado no debe tomar tan a la ligera la misión educativa, porque si "gobernar es poblar" —como ha dicho un ilustre argentino— más vale decir que gobernar es educar.

Por eso es que aplaudo a este Sindicato —que como toda agrupación de esta índole está divorciada por esencia de la política— augurándole el mejor de los éxitos y una entusiasta felicitación para la Asociación y sus activos sostenedores.

Luego he dicho que con devoción vengo a este acto; y yo creo que es obvio el comentario. También he dicho que con modestia y es porque francamente declaro que no soy yo quien pueda juzgar acertadamente de una obra tan vasta, completa y difícil del arte literario que por su propia revelación y revolución dentro del mismo causó el asombro de continentes.

Es por ello que escogí el tema que a continuación desarrollo; porque siendo el que más se acerca a realizaciones de Derecho en su especial campo del Derecho Internacional es lógico suponer que de ello surgiera un estímulo para elaborar mi trabajo. Y si —como observaremos adelante— no dejó Darío ningún legado de importancia en ese estricta y concreto campo, nos enteraremos de que el egoísmo y otras envidiosas influencias —nada raro en nuestro medio de crítica negativa— se opusieron a sus deseos con lo cual ha ganado indiscutiblemente su prolífico trabajo literario. Si he juzgado pues interesante el relato y los hechos consecuentes a su efímera carrera diplomática es porque pertenecen, o mejor dicho, son una etapa de esa gran vida que fué la suya. Eso me justifica advirtiendo que no he pretendido —a pesar del esfuerzo— considerar el tema agotado.

Entrando al estudio vemos a Darío surgir al campo de las representaciones oficiales del gobierno de su patria allá por la administración del Dr. Roberto Sacasa y para la celebración de las fiestas del Centenario del Descubrimiento de América en España. Su estada allí la aprovecha para declamar su Oda a Colón;

conocer a la bella Reina "sobre quien refiere, en su vida, una amable anécdota", dice Contreras, y conocer personalmente a la intelectualidad española que comienza a presentirlo, admirándole. Un gran dolor, como fué para el poeta la muerte de su esposa, fué su recompensa.

De regreso y en Cartagena de Colombia, visita al ex-Presidente de esa República, don Rafael Núñez que, además de estadista era poeta, y lo atendió solícitamente porque Darío le manifestara sus quejas del medio nada propicio que existía en Centroamérica donde no quería quedarse, para irse a la Argentina. Esto motivó el nombramiento de Darío como Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, nombramiento que le fué acremente criticado por pertenecer al radio de acción de un tirano cuya personalidad política no me incumbe juzgar y sí hacer reconocimiento de su gesto para aquel que tal vez vislumbró al poeta como gloria de América. Aquí, en tierra extraña, el poeta no tuvo que vencer las intrigas que luego en su propia patria venció para poderla representar en Europa. Con estos sueldos adelantados del Consulado de Colombia fué como Darío pudo realizar su tan ansiado viaje a París, que acariciaba desde su adolescencia y que le produjo una de las más grandes emociones de su vida; no en balde él la llamaba "la capital del amor y del ensueño" donde además encontró Arte, Ciencia y Belleza para su aristocrático gusto artístico. Al regresar a América queda abolida su representación consular por la falta de relaciones comerciales entre aquellos países y por la muerte de su protector.

Después de peregrinar por varios países de Europa alimentando su hambre de cultura y de sed de placeres, fué nombrado en 1904, después de vencer serias resistencias en el Encargado de la Misión diplomática nicaragüense en Europa, señor Crisanto Medina, Cónsul de Nicaragua en París. Medina odiaba a Darío más que por todo, por celo de su talento ya reconocido. Es en esta época cuando Darío va en 1905 a llevar la representación especial de su gobierno al tercer centenario del Quijote, debiendo leer en el Paraninfo de la Universidad de Madrid su Letanía del Señor Don Quijote. En este mismo año y junto con Vargas Vila son nombrados representantes ante el Rey de España que como árbitro iba a dirimir la cuestión de límites con Honduras. Medina, el jefe de la misión, que odiaba especialmente a su compatriota, frustró los planes de éste de ser presentado al Rey y el mismo Vargas Vila dice el por qué: porque sentía por Darío un odio cerval; era su talento una fatalidad y tener talento a los ojos de Medina era un crimen; y por ser poeta lo despreciaba. Tenía Medina de la diplomacia un solo concepto: lucir uniformes y ostentar condecoraciones, para lo que no servía Darío, aunque éste llevara la más fulgente de todas: el talento. Para humillar más a Darío y a fin de ir solo, ya que Vargas Vila se negó a acompañarlo, adelantó el día de la audiencia ante el Rey. Llevó como compañeras para decidir la suerte de la patria, su ignorancia y su vanidad.

En 1906, el 15 de mayo, Darío fué como delegado oficial del gobierno de Nicaragua a las fiestas Centenarias en honor de Pierre Corneille, haciéndose cargo del Consulado que cada día va agonizando por falta de recursos.

Después de varios años de ausencia la patria lo acredita como Secretario de la Delegación de Nicaragua a la Conferencia de Río de Janeiro. Aquí como en todas partes la intelectualidad lo recibe con toda cordialidad y dos episodios sintetizan este viaje de aquél "que tenía una ilusión infantil por las cosas de la diplomacia". Son ellas la aventura con la Condesa de Río de Janeiro y su salutación al Aguila Norteamericana, que algunos cerebros vieron como antítesis de su Oda a Roosevelt, marcada y francamente nacionalista e iberoamericanista de conceptos. La primera es uno de sus tantos enredos sentimentales que, según relatan sus amigos como el Dr. Manuel Maldonado, dió pie para considerarla como el "caso jurídico del divorcio" de su segunda esposa Rosario Murillo, con la que sus relaciones privadas iban de mengua.

Su segunda fué recibida con acres censuras y reproches; contra él se volvió un aluvión de recriminaciones por el contenido discutible de dicha poesía; su cambio como dice Contreras, "está en el carácter de este hombre débil, tímido hasta la puerilidad. Al asistir como delegado de su país a esta Conferencia tuvo miedo sin duda, de haber ido demasiado lejos en su apóstrofe "A Roosevelt" y su "Salutación al Optimista". Otro amigo de él, Blanco Fombona, se lo reclama enérgicamente; no le permite adular al águila imperialista, a lo que Darío contesta que después de conocer a ciertas personalidades yanquis que eran sus colegas puede defenderse diciendo que "lo cortés no quita lo cóndor", es decir, que la cordialidad diplomática no quita su posición ya expresada anteriormente de antiimperialista. Para dejar clara su idea, Darío más tarde refiriéndose a su gestión diplomática del Brasil contaba que había "panamericanizado con un vago temor y muy poca fe".

Pero por fin llega el día de su consagración diplomática. En efecto, durante el gobierno de Zelaya fué nombrado Plenipotenciario ante la Corte española. Nuevamente vence intrigas o pretextos que retardan su nombramiento y como siempre una vez obtenido y en funciones tiene que abandonarla por falta de recursos para mantenerla; esta vez sacrificó hasta parte de su obra literaria para sostenerla. Su alegría fué vana por lo efímera y ridícula por sus consecuencias. Cuentan que esta vez para presentar sus Credenciales ante los Reyes tuvo que ir con el traje prestado del Ministro de Colombia; una vez en ella la belleza de la reina española lo deslumbró y como siempre poeta, exclamó: "Qué hermosa es vuestra Reina". Después relata él mismo: "avancé y dije mis palabras. El Rey las oyó atento; después estrechó mi mano, y descendiendo de su trono me habló con cariño de mis libros, citándome algunos títulos. La Reina madre, doña María Cristina, hizo más; me habló también de mis versos y me dijo: ¿Se acuerda usted cuando en el año 1902 me lo presentó Canovas? Es cierto, señora. Lo recuerdo. Prodigiosa memoria la de esta cortés ex-reina austriaca".



Aquí encontramos cómo hasta los Reyes elogiaban y reconocían su talento y su labor para lo cual incuestionablemente no se hacía necesaria una posición diplomática en la que vivía Darío obsedido en poseerla. Lo curioso es que como siempre, en su patria era donde retardaban tales reconocimientos.

Por último —y es aquí donde termina para el bueno e ingenuo poeta su calvario diplomático, que fuera en su vida anhelo constante que le proporcionara los medios de vida que él necesitaba— lo vemos volver a América, a México, para llevar la representación de Nicaragua en el Centenario de la Independencia de aquella hermana República.

Torcido otra vez en este destino cuando Darío llega al puerto de Veracruz, su gobierno —el de Madriz— lo ha echado abajo una revolución que ha seguido auspiciada por el imperialismo yanqui. El gobierno de México no le permite entrar a la capital por temor a aquel imperialismo que más tarde también ha de volverse contra él; y es por eso que se queda en Jalapa. Acuden donde el poeta delegaciones culturales de todas partes y el mismo día de la independencia se organiza una manifestación en la capital, de protesta contra aquella medida y en favor del ya ilustre compatriota.

Esto marca el final de su vergonzante carrera de diplomático; y digo de vergonzante porque en ella cosechó humillaciones, decepciones y amarguras que hoy caen como escarmiento para la patria y como justo reproche para la injusticia de aquellos hombres que o no supieron —y entonces se explica su actitud— o no quisieron prestarle el apoyo suficiente al que corriendo el tiempo llegó a ser en las letras hispanoamericanas, su mayor gloria.

Analizando esta fugaz, interrumpida, zozobrante y trágica parte de su vida dedicada a la diplomacia podemos advertir sin mayor esfuerzo todas sus desilusiones. Para su vida exclusiva de genio poético no contribuyó en la mayor medida y si hoy la he enfocado por curiosidad he podido ver también que hay más de un motivo para ello. Reconozco y dudo al mismo tiempo, de lo que podría haber sido su destino como diplomático, pues a pesar de su buena voluntad para servirlo, de su cultura y de sus genialidades para desenvolverse en él, es posible que hubiera tropezado en ese campo con el más eficiente atributo de estos menesteres: la astucia. Su temperamento de natural crédulo o ingenuo hubiera chocado contra la tendencia positivo-realista de la moderna diplomacia. Poeta al fin y al cabo; nacido, genial y único, tuvo que seguir su propio derrotero. Y qué importa que de la diplomacia no hubiera hecho un fecundo campo de acción, si su verdadero solar constructivo —su innovadora y genial poesía— lo rescató irremediable y definitivamente a la gloria indestructible del tiempo. Tal vez su alma de divina sensibilidad hubiera enfriado su ardiente imaginación.

Su recuerdo perdurará como su obra, y ésta como el tiempo mismo; y hoy, como ayer, y mañana, desde la cima en que asienta su real ingenuidad de hombre y de poeta vivirá contemplando sin sorpresa el cálido homenaje que en días como hoy y en todos los confines del mundo literario, le tributan con suprema admiración y reverencia, los sensibles corazones que vivamente emocionados, aman y lloran su fugitivo paso de predestinado en el Olimpo adorable e inmaculado de su feliz poesía.

Rivas, Nicaragua, 6 de febrero de 1950.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Ocios mentales

Por Víctor LORZ

(En *Rep. Amer.*)

Hoy me propongo *echar una cana* a libros. Soy ya muy rico de ellas y puedo darme el gusto de derrochar algunas en mis orgías. Cada uno es como es y habla de lo que entiende. Y yo que he sido un poco insociable con los hombres, he sido un buen ciudadano de la república de los libros y he pasado lo mejor de mi vida en la compañía silenciosa de tan buenos amigos. Desde hace un cuarto de siglo he compartido con ellos mi amor a la tierra, *tomando ora la azada, ora la pluma*. Y con un libro bajo la almohada he de morir. Pero ¡por Rabelais! no será un libro al gusto de los *duendes*. ¡Oh, no! ¡Palabra de honor! Lo digo para curarme en salud y para no llevar alarma a mis devotos.

———

"Dime lo que comes y te diré lo que eres", dijo Brillat Savarín, el filósofo de la mesa. Nosotros corregiríamos: "dime lo que lees y te diré quién eres". Este diagnóstico es más seguro que el primero. El del gastrónomo sólo explora y descubre las posibilidades del bolsillo y las del gusto; pero deja en la sombra las zonas superiores del ser humano: el sentimiento y el intelecto. Se puede ser muy rico, de gusto muy refinado, y a la vez un filisteo, un hombre vulgar sin necesidades superiores y viceversa. La dimensión verdadera de un hombre está dada por lo que sabe, y ésta por lo que lee, porque cada uno lee y digiere lo que se ajusta mejor a la potencia digestiva de su cerebro. Por esto hay libros y libros, como hay vinos y vinos. Y si todos los vinos no son iguales, lo mismo pasa con los libros. ¿Qué decir de la literatura de hoy? Yo creo que (en su mayor parte) es mediocre y superficial. Puede afirmarse que no hay una sola trivialidad, una sola tontería que no aspire a hacerse eterna en las páginas de un periódico o de un libro. Esto nos trae a las mientes *Cartas Persas*. En la LXVI nos habla Montesquieu de las tonterías de los hombres. Estas (dice) debían ser olvidadas; pero vienen los libros y las inmortalizan. Un tonto (prosigue) debía contentarse con haber hecho sufrir a los que vivieron con él. Pero coge una pluma y todavía tiene el valor de fastidiar a las generaciones futuras. Quiere que la posteridad sepa que él vivió y que fué un tonto. Cuando uno no tiene nada que decir, (concluye) lo mejor es que se calle.

Creo que casi todo lo que se escribe hoy es con vistas a matar el tiempo o el *spleen*. Observad lo que lee la juventud: novelacas, deporte, cine... ¡Un desconsuelo! La literatura corriente actual es de una cantidad y de una calidad que da espanto. Para llegar a este resultado, no habría necesidad de destruir tánto bosque, tánta belleza, tánta poesía. Pero toda esa producción es flor de una hora. Tras una lectura rápida, pasa a las sepulturas de las bibliotecas, o a servir de paquetes comerciales o a calentar el puchero doméstico. En cambio, los libros buenos, son inmortales. Hoy se lee a Horacio con la misma devoción que hace dos mil años. A nadie se le ocurre calentar su marmita con *un Voltaire*, o *un Homero*. El caso de *un Séneca* que fué quemado, (y por Baroja) un día que subió al monte y tuvo frío, no es corriente. Había que llegar a la Inquisición para que la quema de libros fuera un deporte corriente. Y la Inquisición no ha muerto. Con Franco y sus frailes ha hecho quemas de literatura inmortal que deshonran al género humano. Y Franco no está solo. Quemar libros o cerrar las aduanas para ciertas ideas, ¿qué más da? No importa que en la Asamblea General de la *UNO* y en la sesión del 6 de setiembre de 1948, hayamos hecho la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*...

Y ahora, ¿cuál es el criterio que guía a los compradores de libros? ¿Por cuál misterioso hilo de Ariadna se guían para adentrarse por los laberintos de ese mundo infinito de las ideas que es un libro? Por regla general cada lector compra libros cuyo texto esté conforme con una ideología previa. En ella se cierran como ostras dentro de sus conchas y no se abren a ninguna solicitación ideológica extraña, contra la cual están defendidos por una coraza de prejuicios y reservas mentales. Se trata de fanáticos que han anclado en una filosofía religiosa insuflada en sus mentes, y que se la tragaron sin el más ligero examen, sin hacer una mueca. No tratéis de convencerlos: son *hombres-piedras*.

Ahora bien. Desde que todas las doctrinas están bajo el signo de la contradicción, lo racional sería que cada cual eligiera la suya después de someterlas todas a la prueba del fuego mediante un proceso dialéctico. Con un criterio ecléctico o sincrético, el catador de libros iría probando y eligiendo lo mejor de cada doctrina para construírse con el material de selección su *hombre nuevo*. Nada más incapaz que el hombre de *un solo libro*. Hasta san Agustín, el horrible inventor del pecado original y de la predestinación, temía al hombre de *un solo libro*. Llámese éste Veda, Corán o Biblia, el hombre de un solo libro carece de la agilidad necesaria para perseguir y captar la *Verdad*, que ningún hombre ni ninguna religión tiene en depósito, sino que es la resultante de una continuidad de operaciones libres que efectúa el conocimiento. En caso contrario, toda filosofía sería una teología. No. La Verdad es una hermosa fugitiva que juega con nosotros al escondite y hay que sudar mucho para atraparla.

Pero en fuerza de sencillez y por falta de complicaciones, el hombre de *un solo libro* está encerrado en él como en una torre de marfil, forrado de una capa aisladora que lo insensibiliza contra toda reacción externa. Yo sé que, para la mayoría de los hombres, eso de crearse su auto-filosofía, que viene a ser su auto-religión, es un trabajo imposible. Problemas inaplazables de vida o muerte solicitan y monopolizan su atención sin tiempo material para menesteres más altos. Y si es cierto que, parte de este trabajo puede hacerse sin libros y con el solo uso del cerebro, pero esto supone el hábito de pensar y meditar con libertad ilimitada y con abstracción total de la herencia impuesta. Supone también el valor moral de estar dispuesto a tirar por la borda toda esa herencia cuando *la razón lo mande*. Pero ¿dónde está el gigante del cerebro y de la voluntad, capaz de echarse a la espalda esta tarea? Sólo el pensar en asomarse desde la propia pequeñez a ese mundo infinito del pensamiento, es algo que causa vértigos al más valiente. ¿Qué decir de la inmensidad del rebaño humano cuyo cerebro rudo y simple apenas puede digerir una papilla primaria? La vocación al conocimiento puro entraña dolorosos sacrificios. Todo aquel que se sienta con vocación a este destino, debe saber por adelantado que, sobre estropear un poco los sesos, ese destino le exige manumitirse un poco de los hombres y otro poco también de las tentaciones del dinero. Y si sabiendo esto, asume su destino con corazón alegre, es un iniciado. Ya no le falta sino encender su antorcha y correr a llevar unos granos de incienso al altar de los dioses y darles las gracias por haberle hecho elegir el camino mejor. Aunque otra cosa piensen los argonautas del día que en incontables caravanas van camino de la Cólquida en son de buscadores del Vellocino, alfa y omega, principio y fin del hombre actual. Este tiene *prisa* de llegar pronto, en tanto que el buscador de conocimiento, por ser rico de tiempo, lo derrocha locamente practicando el proverbio chino de "no precipitar las cosas, que es un vicio occidental, porque la felicidad está en el pasado mañana". La felicidad, es decir, la dicha interior y pura que trae la posesión de la sabiduría. Lo creo. En la *prisa por llegar* puede estar la explicación del hecho curioso de que, la lectura siendo hoy más extensa que nunca, es menos intensa que en cualquier época. Se lee en el tranvía, en el avión, en la playa: por espantar el tedio. Por una paradoja incomprensible, el tedio es la gran enfermedad que atormenta a un hombre que está colocado en el centro de un mundo infinito de solicitaciones capaces de atontarle los sentidos. Y en la medida que este mundo exterior se hace más rico de creaciones materiales y de formas artísticas, aumentan las tentaciones externas que le restan a ese hombre posibilidades de introspección de su *yo*, a efecto de construírse una arquitectura mental a tono con su jerarquía. La juventud de hogaño antepone las piernas al cerebro. Quizá sea esto *un signo de los tiempos*. Pero me atrevo a decir que, una de las mayores ignominias de la épo-

In memoriam

(En *Rep. Amer.*)

Escribo tarde para Carmen Lira;
mujer de pluma de oro, en fin maestra.
Filón fué su cultura proa y mira,
y su armadura dióle la palestra.

Fué un prisma su cerebro de mujer,
tal fué su fantasía cromo y vida;
sus cuentos son un bello amanecer,
y sus versos el alma florecida.

Tú fuiste también una jardinera;
tu delantal acopio hizo a tus flores,
que a los niños trajiste sin espera.

Tu fibra maternal y protectora,
creció... ¡Cuánta dulzura a tus amores!
Tú diva: eres maestra y escritora.

José Saturnino ROJAS.

Quepos, 31 de julio de 1949.

ca es este culto animal al deporte que lo abarca todo: radio, prensa, conversación, tiempo... Está bien el ejercicio físico, pero con su *nequid nimis;* y ni espectacular ni *modus vivendi.* Y si este culto a las piernas o a los puños se lleva hasta convertirlo en un título profesional, como si fuera un *bill* de suficiencia que inhiba al hombre de poner su parte alícuota en el trabajo común, habrá que convenir en que ésta es una civilización al revés en que todo va manga por hombro. Como principio general, hoy aspira la juventud a una de estas dos cosas: o a llenar su cabeza de ideas triviales, o a encerrarse en el coto alambrado y sin horizontes de una especialidad que convierte al hombre en una especie de bárbaro primitivo. Tipo de esta clase es el *homo técnicus* que se pasa la vida engrasando máquinas, ajustando tornillos, o sacando muelas. Lo hace a la perfección, pero de aquí no sale, sin curiosidad siquiera para ver lo que pasa más allá de su nariz. Se dirá que eso es un efecto necesario de la división del trabajo; por el enorme volumen que han alcanzado las ciencias. Pero ello no quita que, por eso mismo, la juventud del día es terriblemente superficial. Y como en la juventud se plasma el hombre futuro, esa superficialidad imprime ya carácter para toda la vida. ¿Resultado de esto? Pues, que respecto de los grandes problemas de la filosofía y de la religión, que no son sino los de la alta cultura, la generación actual prefiere que se lo den *todo hecho.* Esto le ahorra el trabajo de pensar. Por ello también, es de una celestial ignorancia en materia religiosa. Fuera de los problemas inmediatos, el hombre moderno le tiene *horror al pensar,* como la naturaleza de los días de Torricelli le tenía *horror al vacío.* Los problemas mediatos o trascendentales, aquellos cuya solución *no da para comer,* son una necesidad para muy pocas inteligencias. Ya Rabelais nos cuenta cómo hasta los frailes de su tiempo le tenían miedo al pensar, diciendo que "esto les debilitaba mucho el cerebro" ¡Santos varones! Aspiraban a la castidad doble, *in utroque.* Profesaban la castidad de los sesos juntamente con la del sexo. Y por lo visto, hasta para el hombre de hoy, los sesos han sido hechos para conservarlos en escabeche. Observación final: que el hombre medio de todas las épocas: *el hombre sin musas,* de los helenos; el filisteo vulgar sin inspiración y sin necesidades espirituales, está condenado a tragarse en la paz del Señor y sin hacer una mueca, la filosofía que le den hecha, pesada y medida, amasada y cocida por un tercero que es parte interesada. ¿Se leen, sólo por distracción o por espantar el tedio, libros tontos para no fatigar los castos sesos? Entonces, cómprese un mono o un loro, que son muy divertidos. O sígase esta receta de Wordsworth: "Amigos míos, venid a oír los chorlitos del bosque y dejad vuestros libros. De lo contrario quedaréis para siempre jorobados". Esto es más bonito y tiene la ventaja de no recalentar los sesos. Pero los sesos no han sido hechos para conservarlos en salmuera, sino para usarlos, gastarlos y molerlos, como cualesquiera otros órganos. Y en razón de su jerarquía, más que los otros. Aquí el hecho psíquico deriva su imperativo categórico del hecho anatómico. No importa que se estropeen, pues es la suerte fatal que les espera a todas las herramientas de trabajo, después que han dado de sí todos los frutos, todos los valores, altos o bajos, a que estaban destinados. Los valores que produce el trabajo del cerebro son de dos categorías: *objetivos* y *subjetivos.* Objetivos: una cierta cantidad de *verdad* y de *luz* que entra de repente en la circulación general y son ya patrimonio del género humano. Subjetivos: el placer que causan. Placer íntimo, sereno, profundo, *más allá del bien y del mal* de la moral corriente. Placer de dioses, que alegra las horas del que hace de la lectura y de la meditación una disciplina de la vida. Léase el precioso libro *Pererga y Paralipómena* de Schopenhauer y se verá que no hay hipérbole en lo que digo. Es justo que así sea. Ya que el ejercicio más noble del hombre *no da para comer,* debe tener una recompensa, a modo de desquite. Este consiste en una paz interior profunda e inalterable del que pasa la vida en la zona serena de las ideas, adonde no llegan ni los ruidos de la vida de *las cosas,* ni menos la algarabía despreciable de la *plaza pública.* El catador de conocimiento, se halla más bien manumitido del mundo de las cosas, ya que su centro de gravedad y su zona vital no es la *voluntad,* sino el *pensamiento.* En tanto que el centro de gravedad del *hombre de acción* es la voluntad; como si dijéramos, la zona de perturbación y tempestades del alma humana. *Vida real,* o *voluntad;* y *vida espiritual* o entendimiento, saber o tener, he aquí los dos caminos únicos abiertos a la vocación de los hombres.

Ahora quiero estudiar brevemente otro aspecto de los libros en general, el que podríamos llamar *ético.* Me refiero a eso que con escándalo y rasgar de vestiduras se llama *literatura extremista.* Pero ¿qué es literatura extremista? Una ideología que no está conforme con la opinión corriente. Pero el hecho de que una doctrina no esté de acuerdo con la doctrina en boga, oficial u oficiosa, no prejuzga *a priori* el que sea inmoral, falsa o mala. Es sencillamente una doctrina *otra.* Extremismo ha sido lo que ha combatido la *ortodoxia* u opinión corriente en cada época. En el absolutismo político, *el liberalismo* era una doctrina extremista, ya que combatía el *derecho divino* de los reyes. En el absolutismo religioso, era la *herejía.* Y hoy, en el absolutismo del dinero, es el *socialismo.* El absolutismo político no ha muerto con los reyes. Ha encontrado su reencarnación en los gobiernos *de facto* ejercidos por la fuerza en nombre de la pistola. El absolutismo religioso sigue como en sus siglos de oro, aunque ya no quema herejes, no por falta de ganas sino de medios. De tener éstos, seguiría quemando e imponiendo a las conciencias la cosmología bíblica. Hoy, en el absolutismo capitalista, su literatura extremista y su grano maligno es la doctrina socialista. Esta, que huele a pueblo, es perseguida con el mismo ardor que la herejía. Hasta se ha montado una inquisición civil para descubrir a los neo-heterodoxos o herejes civiles que están inconformes con la democracia de moda. Con la graciosa nota de que esta novísima inquisición, que es herética por su origen anglo-sajón, recibe copiosas indulgencias de los titulares de la ortodoxia clásica. Como si los intereses de ambos titulares fueran gemelos, y por serlo, hubieran formado una sociedad de socorros mutuos en defensa de sus intereses de clase. Y si, (como dijimos antes) una heterodoxia no es sino una ortodoxia de otro tipo ¿cómo explicar el hecho de que tal o cual heterodoxia es tildada de *perversa,* hasta el punto de que puede determinar eso que, en la jerga del teólogo se llama un *caso de conciencia?* Y sin embargo, tal sucede en este siglo de luz al igual que en los siglos de tinieblas cerradas. En nombre de este supuesto *caso de conciencia,* se ha llegado al extremo de que la esposa le ponga vetos al marido cuando éste se escapa de la ortodoxia corriente. Todo esto es humillante y es absurdo, y huele a beatería, a colonialismo y a aldeanismo. Estas aberraciones no las conoció la civilización pagana. La palabra *caso* nos trae a la memoria *casuismo.* La casuística es (como se sabe) una doctrina jesuítica. Consiste esencialmente en hallar *buenas razones para todo,* hasta para el crimen. La historia está llena de

criminales devotos y regicidas cuyo brazo armaba y cuya conciencia absolvía una *araña-casuista* oculta en la sombra. ¡Ay del rey del cual se rezumaba algún difuso olor a heterodoxia! En la historia de España del siglo XIX tenemos ejemplos regocijantes de casuismo. *Sor Patrocinio, la monja de las Llagas.* ¿Quién no ha oído hablar de esa histérica milagrera *llagada* como Francisco de Asís, y que tánto enredó en los días de Isabel II? Pero cuando esa santa recibía del P. Claret alguna reprimenda sobre motivos de conciencia, replicaba frescamente: *Soy mi papa.* Esto se llama un *casuismo al revés* porque halla buenas razones para desobedecer al papa. Otro ejemplo. Los carlistas, que se llamaban a sí mismos *los defensores de Dios*, les pegaban fuego a las iglesias, cuando había necesidad. Era cuestión de casuismo. Los hombres del sable, como el papa, atan y desatan al demonio según la cara que trae el tiempo. Todo lo cual podría significar que la conciencia, como tal, no tiene sede fija. Y que, cuando se tiene hambre, está en el *estómago;* y cuando se tiene cólera, en los *puños;* y cuando se tiene algo, en *el bolsillo;* y cuando no se tiene nada, en *las uñas;* y cuando hay necesidad de *indulgencias*, en los *cuadernos de un casuista.* Los casuistas del día, como los sofistas de la decadencia helénica, tienen una barbaridad de sabiduría para convertir lo malo en bueno y lo bueno en malo. Lo bueno y lo malo son distintos según los manosee el hombre de la calle, o les pase su esponja milagrosa el teólogo. Ser bueno o malo, es para el hombre sencillo, distinto que para el hombre complicado. El dilema es, entre el hombre que sólo hace lo que *debe* hacer, y el carnero de Panurgo que hace lo que *ve* hacer, aunque sea entrando en claudicaciones con la propia conciencia. El hombre que, frente al dilema, abdique de sus convicciones por obedecer a complacer a alguien, queda envilecido. La palabra *herejía* no tiene otra malicia que aquella que gratuitamente le hemos colgado. Del griego *airesis* sólo significa *opción*, y ésta es un acto libre e inocente de la voluntad que no puede ofender a nadie y menos al Inmutable. Las ideologías en caso de ser impuestas, deben serlo en nombre del despotismo de la Inteligencia, y por el que sabe más al que sabe menos y no al revés. Porque quien sabe más, ve más, ve más lejos, ve más hondo, ve más claro, ve mejor. ¿En nombre de qué, puede imponerle al hombre sus ideas su mujer? ¿En nombre del sexo? Pero el sexo no entiende de ideas. Y en el estado actual de las cosas, y mientras las condiciones del mundo no cambien, es el hombre el que tiene obligación de saber más. No porque la mujer tenga el cerebro más débil, o por inferioridad orgánica o psíquica, sino porque el *uso del cerebro* para la posesión de la alta cultura ha sido un monopolio del hombre. Pero, el día en que el socialismo instaure para ambos sexos iguales posibilidades de acceso a la instrucción universitaria, ese monopolio mental quedará destruído. Toda inferioridad mental proviene del *no-uso* o *des-uso* del encéfalo, porque la función crea el órgano. El cerebro de las mujeres pesará tanto como el de Cuvier, cuando en todas las naciones se den cuadros estadísticos como el siguiente:

Mujeres maestras	650.000
Mujeres trabajando en instituciones científicas	33.000
Mujeres médicas, hoy más de	200.000
Mujeres ingenieros	200.000
Bibliotecas	77.000
Universidades	682
Libros editados (en 1 año)	146.000.000
Libros editados desde 1918 a 1945	10.000.000.000

Esto sucedió en un país que está recostado en el mapamundi entre los paralelos 40 y 80 de latitud norte y entre los meridianos 20 y 180 de longitud oriental.

Cuando cuadros como éste dejen de ser una excepción, también las mujeres sabias dejarán de ser una excepción. Y el número de mujeres gloriosas que escalen las más altas cimas del pensamiento humano, hará desinflar un poco el orgullo de los hombres. Las Aspasias de ese tiempo dejarán de ser flores raras en el jardín de la cultura. Pero hay que convenir en que la Aspasia griega, bien merecía ser, con la esposa, la ninfa Egeria del gran Pericles. Y sin envilecerlo. Su belleza y su talento corrían parejas con su prudencia. Y las Aspasias del futuro tampoco necesitarán envilecer a sus marinos imponiéndoles una claudicación bajo el signo del sexo. Pero si en nombre de la belleza se quiere degradar la conciencia del marido, ¿qué pensar de éste, si se deja imponer esta hegemonía doble? ¡No! La mujer prudente se contentará con imponer la suya propia, la del sentimiento, que harto poderosa es, sin llevarla al terreno de las ideas, función para la cual no está aún capacitada. En vez de humillar al hombre imponiéndole capitulaciones de conciencia, debe educarlo elevándolo a la altura de su tarea en la responsabilidad común. Y para ello, cultivar su afecto contando con los poderes fatales que le otorgó la naturaleza, y que la mitología helénica eternizó en sus grandes símbolos: *el cinto de Cipris, los filtros de Circe, la rueca de Onfalia.* No hay que reírse de ellos. Su dominio no está inscrito únicamente en la región del sexo, como piensan los libertinos. Abarcan la esfera superior del sentimiento y del carácter, y elevan la naturaleza humana transfigurando el egoísmo en altruísmo. El padre de los dioses y los hombres, Júpiter, se deja amarrar con el cinturón de una moza; pero le da a la poesía temas inmortales. El sabio Odiseo, si cede un momento a las zalamerías de una pindonga, pero no olvida su *morada*, y tras veinte años de aventuras, vuelve al sitio de su deber al lado de Penélope. Y Heracles, el Hércules de las *doce hazañas*, al volver de sus correrías, deja la maza, coge la rueca y humilde como un cachorro, hila el lino a los pies de Onfalia. En todo lo cual hay algo más que sexo.

In cauda, venenum. En la nueva era que se avecina de derechos y deberes iguales para todos, la responsabilidad del hombre y de la mujer en la obra común, purificará de envilecimiento las relaciones sexuales. El amor ya no será una trampa para cazar dotes. La abolición de todo privilegio de fortuna, de sexo o de cuna, abriendo ancho camino a la única ley del amor, *la afinidad electiva*, afirmará sobre sus bases naturales, es decir verdaderas, la vida de la pareja. Y que una civilización de signo nuevo y *más perfecta* avanza sobre todos los horizontes del mapamundi, es cosa que no puede negar sino el que no tenga en buen uso su cerebro. Ninguna nación, ningún hombre, ni menos yo, tenemos nada que hacer en este torbellino ideológico cósmico que, a despecho de vetos y de diques, y obedeciendo a la ley de la evolución histórica, es decir, del *progreso*, sigue imperturbable su marcha y *nos arrastra a todos.*

San José, Costa Rica.
Diciembre 15 de 1949.

Nana

(Para Graciela Negrón).

Duerme mi niño,
y ya verás,
potro de espuma
trotando en la mar.

Duérmete niño,
y ya tendrás
sobre las dunas
estrellitas de sal.

Duerme que duerme,
¡Felicidad!
Cuatro luceros
balancean el rosal.

J. Jiménez C.

13 de abril de 1950.

Misión actual del poeta

(En *Rep. Amer.*)

Palabras de Germán Pardo García, al ser declarado huésped de honor del Ateneo Americano, de Washington, y al iniciar allí la lectura de sus mejores poemas.

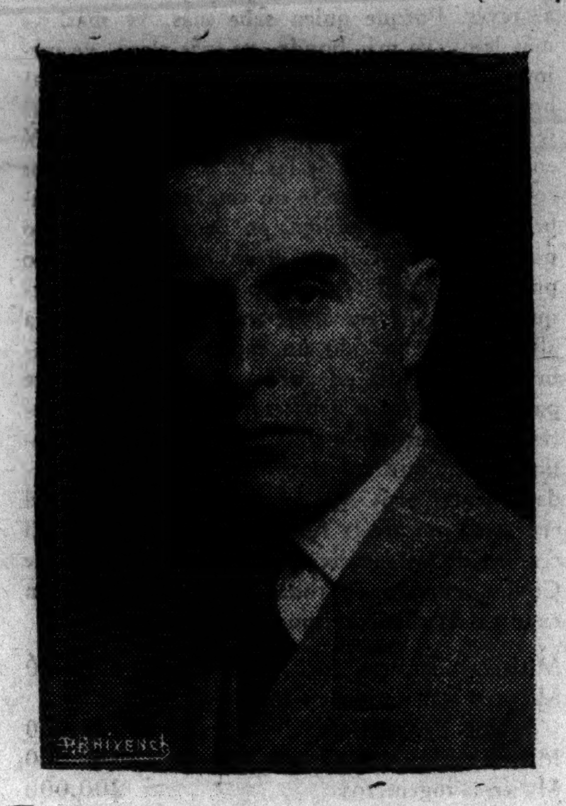
Ciertamente no entraña novedad alguna el hecho de que en un instituto de tan nobles orígenes y elevados propósitos como este, alguien diga que la escala de los valores que parecían perpetuos y fueran índices francos de la superioridad del hombre, ha sufrido demérito y amenaza con destruir colectividades, individuos y culturas.

Pero, aunque tal afirmación carezca de inmediato sensacionalismo, es el pregón de una verdad tan evidente como lo puedan ser los fundamentos éticos y biológicos sobre los cuales creyó descansar seguro el hombre, hoy incapaz de darle equilibrio —como lo denuncian su zozobra y aunsencia de fe en su destino— a la crisis contemporánea tanto más compleja y ardua cuanto más sorprendentes son los descubrimientos de potencias que una vez libertadas muéstranse poseedoras de audaz autonomía, y lo que es sintomático, de aflicción grande y de estrago, en rebeldía contra las ideas que les dieran acción.

En presencia de fenómenos como estos y mientras las zonas intactas de la vida y del espíritu se empequeñecen y deforman, ocurre preguntar si aún en el mundo o en nosotros, resta un lugar en donde podamos reconstruir aquellos valores, o si ya solamente somos débiles efectos de causas mecánicas, aniquiladoras de estirpes.

La incertidumbre ha invadido a los seres y a su conciencia. Tal vez nunca como ahora los signos del tiempo habían sido de latente incertidumbre. Y se desea saber entonces si la furia y los altos desórdenes acaecidos en la virtud niveladora de la materia y del alma concluirán por consumirnos, o si un nuevo continente de fuerzas, una nueva concreción de mundos físicos y espirituales nos aguardan.

Y se quiere no ignorar qué función específica debe cumplir cada ser, para que la desarmonía y el temor dejen de gobernarnos y les sucedan conceptos de suficiente consistencia, de condenación absoluta de las negaciones que nos oprimen y, en suma, de fraternidad entre



Germán Pardo García

(1948)

el hombre y el hombre, colocados hoy enfrente uno del otro, como poderes enemigos cercanos al ataque.

Con sobra de justicia se pregunta qué posición debe ocupar entre los conductores del destino humano, el poeta como ejemplo de espíritu y depositario de verdades que han sido patrimonio trasmitido de un pueblo a otro pueblo, a través del accidentado discurrir de los siglos y su cauda de pena y de gozo.

Hablo, naturalmente, del poeta rector de almas. Ya el viejo y salubre Horacio, en tiempos que la filosofía de la historia consideró decadentes, habló del poeta como de un maestro de humanidad, y por ello ratifico que menciono al poeta sólo como resumen de limpias dinastías, mas no como intérprete de individuales apetitos.

El verdadero poeta ha vuelto a fluir por cauces de vida y de amor, considerado éste como esperanza del mundo. Delante de la violencia acumulada sobre la sangre del hombre presente, el poeta debe ser apóstol de paz y de misericordia, pues si la misericordia volviese a estar proscrita como lo fué cuando los campos de concentración crearon la técnica de la culpa, ya no lograremos asilo y correremos hacia lo que subsiste inviolado en los refugios de las bestias para implorarles redención.

Lo bélico enseñorea mentes y corazones. Y por ser ello así urge que el hombre actual entienda que la paz es un principio augusto como la existencia de Dios. No es fácil, empero, que el hombre acepte rendir los tributos que es necesario sacrificarles a los númenes pacíficos, porque doctrinas ásperas, rencorosas, exigen la violencia y de sus filas forman parte, para nuestro infortunio, espíritus que podríamos llamar descubridores de densidades y creadores de estructuras que parecieron inconcebibles.

Ante esas legiones hirsutas que aceptan el genocidio como fruta del tiempo y no como claudicación y afrenta de la especie, la sabiduría estable, el instinto de conservación de los pueblos armarán escuadrones blancos, defensores de la paz. De esas huestes generosas el verdadero poeta debe ser conductor. Su verbo no será la paupérrima palabra conocida, sino impulso de las nuevas magnitudes. Será todo acción, porque "en el principio era la acción", precursora de la luz. Olvidará su propia angustia para luchar contra la angustia de las masas que se mueven en las metrópolis como tropeles amorfos batidos por el drama, y será ante todo, un poeta, porque esta misión en sus proporciones vastas siempre ha sido bandera de milicias acordes y de espíritus, de cuyas jerarquías vuelve el poeta a ser caudillo de bondad.

Germán PARDO GARCIA.

Washington, D. C.,
21 de febrero de 1950.

A un púgil negro vencedor

Por *Germán PARDO GARCIA*

(En el *Rep. Amer.*)

Tú, púgil opones la fuerza de todos tus músculos,
al clima floral y al espacio de espíritu aéreo.
Tu asalto recuerda la rápida acción del antílope.

Hermoso cual virgen figura obsidiánica, ordenas
ataque veloz a tus bíceps
y enciendes color africano en tus ojos de negra pantera.
Yo mismo,
gimnasta,
idólatra
de la fuerza dinámica y el armónico impulso,
toqué tus espaldas, impuse
triunfales coronas al ébano cruel de tu frente.
Oh, bruto
escultórico
que gobiernas motores y subyugas las máquinas.
Un día dejé los terrenos
donde libres abundan la flora la fauna pacíficas.
Pisé las adultas palestras
y sentí al escucharte luchar con estruendo volcánico,
la febril ansiedad y el temor de los débiles.

Herías
sin piedad en el centro de la sangre y la estirpe.
Saltabas de un vértigo al plano mayor de otro vértigo.
Tus dientes brillaban mortales
en la cueva feroz de la boca.
Tu pelo de alambre con círculos toscos
manaba sudor y violencia.
Tu choque tenía vigor de titánico toro
de espesas espumas y babas y polvo cubierto,
y soplaban tus grandes pulmones como híbridos fuelles.

Comprendí que tu cuerpo era parte colérica
de un mundo de acero, amenaza y escándalo.
Tu cabeza granítica, torre
que preside fragor de inhumano combate.
Tus hombros,
paredes,
que soportan vigor homicida.
Tus puños obuses. Tus piernas de cables eléctricos.
Tus pies de cemento que afianza pesados volúmenes.

(*Concluye en la pág.* 154).

Cuba, Varona y Martí

Por *Andrés IDUARTE*

(En *El Nacional* de México, D. F. Abril 20 de 1949).

Palabras dichas ante el Ministro de Educación Pública de Cuba el 12 de abril de 1948, en el acto organizado en el Ministerio en recordación de Varona y en nombre del Congreso de Literatura Iberoamericana. Iduarte, profesor de Literatura Hispanoamericana y Director del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia, representa a esta Universidad.

No es por protocolo sino con sinceridad profunda que doy las gracias a quienes me invitaron a venir a Cuba y a quienes me designaron para tomar parte en este acto.

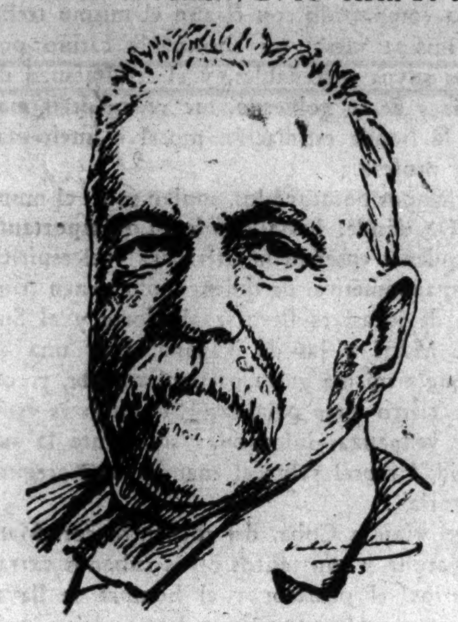
El que vive en el Norte, cuidando todos los días sus raíces hispánicas, las vivifica, se renueva y se encuentra cuando viene al Sur. Para el hispanoamericano que reside en los Estados Unidos no es nada más un viaje de estudio la visita a nuestra América, sino la vuelta a sus matrices, el retorno a sus cajas. Y no es que estemos fuera de ellas, pues acaso la nostalgia nos mantiene más como somos, más *nosotros*, que muchos de los que viven en nuestras tierras; y porque allá luchamos por éstas, en diario y alerta ejercicio de hispanoamericanismo. Pero ver con los ojos y tocar con las manos la tierra y el pueblo en que pensamos y soñamos todos los días sobre los que hablamos en las aulas y a los que defendemos mostrándolos y enseñándolos a la juventud norteamericana, se aproxima a la dicha. Y de esta clase de dicha viene el único posible entusiasmo constructivo en tiempo de brazos caídos, de frentes inclinadas. ¡Ay de los fríos, ay de los impasibles, ay de los secos, ay de los desteñidos, ay de los infieles!...

Viaja en nosotros, es claro, el profesor de literaturas hispanoamericanas, que tiene propósitos profesionales, objetivos y tangibles; pero es que ser profesor de nuestra literatura y de nuestra lengua es serlo de la belleza y del verbo, es serlo de espíritu.

Por nuestra misma tarea debemos ser mejores hombres y más hispanoamericanos. "Una verdadera Universidad —decía Varona, nuestro Varona— ha de ser principalmente un laboratorio de ideas generales, tanto en el orden especulativo como en el científico". Porque sin ideas, sin propósitos morales ¿de qué vale el profesionalismo de cualquier especie, la técnica mejor, la especialización más perfecta o la erudición más alta? Y sin el empeño de enseñar cuanto de grande y noble tienen nuestros débiles pueblos, de fortalecerlos mostrándolos ante el extranjero para que el fuerte los conozca y respete —eso predicaba Martí— no se es profesor, ni se es escritor, ni se es hispanoamericano, ni se es hombre, sino la negación de cuanto esas categorías significan.

Valdría poco esta reunión, desde luego, si no lográramos con ella llevar adelante nuestras publicaciones, nuestros proyectos editoriales, caminos hacia la misma meta; pero, si no sirviera para hacerle sentir al profesor en lo vivo, lo que es su alma, su cultura, su ser y el de sus pueblos, no valdría nada.

Y en esa medida ha de agradecerse el poder reunirse aquí, en lo que de mejor del espíritu de América contiene esta Cuba popular y democrática, al lado de su pueblo alegre y sufrido, contento y desdichado —desdichado como todos los nuestros— generoso y pobre,



Enrique José Varona

*

vivo y en pie. Gozo semejante tengo cuando paso la frontera y toco y recorro mi señera y entera tierra mexicana. O cuando hace poco recorrí Venezuela... la de Rómulo Gallegos. Y este hispanoamericanismo no se detiene, por supuesto, en América, sino va hasta los Pirineos, porque el hispanoamericanismo abarca a España. Si la América nuestra es española, bien americana es nuestra España. Hablo de la que peleó en 1936, de la que quedó cortada en 1939, fechas vivas y latentes, aunque hoy aplastadas, pero que mañana mismo retoñarán.

Y la satisfacción de venir a Cuba es aún mayor en el memorable centenario del nacimiento de Enrique José Varona.

Aprendimos a amar a Cuba a través de Martí, y aprendimos a estimarla también a través de Varona. Estuvimos en Cuba en el cincuentenario de la muerte de Martí; y estaremos en 1953 en el centenario de su natalicio. Estas tres fechas son como tres aldabonazos que recuerdan a América la grandeza de la isla luminosa.

Los dos hombres tan diferentes y tan grandes, tan diversos y tan próximos. Su doble lección hace una suma rica, forma una lección completa. Cuba puede estar orgullosa de haber producido en su corta vida y en su breve espacio, dos hombres tan permanentes y tan vastos. A uno le bastaron cuarenta y dos años para organizar la independencia de su país, para dejar un ejemplo moral en el orden político y para escribir una obra poética, en prosa y en verso, tan amplia, tan vigorosa y tan singular como hay pocas en la lengua española. El otro sobrellevó sus ochenta y cuatro años sin menguarse ni torcerse, ni con las cautelas de la madurez, ni con las desesperanzas de la ancianidad. Varona se hacía más grande mientras más vivía; de viejo recordaba y condenaba la pequeña "defección" de su juventud, cuando no persistió en la guerra de armas, y se superó y sublimó su vida con el diario ejercicio de la guerra de ideas. Se ve así que no es cierto que los que mueren jóvenes son únicamente los amados de los dioses: también lo son los viejos. Para que el joven lo sea necesita llevar en sí la lumbre heroica y genial de José Martí: "revuelo y martirio", sintetizaba él mismo. Morir cuando debía morir y como debía morir fué, en el caso de Martí, la bendición de los dioses a la tierra cubana e hispanoamericana. En el de Varona, consistió en dejarlo vivir más de ochenta años, en su cátedra, frente a su escritorio, con sus libros y para sus libros, haciendo patria y moral universal con su conducta, formando lentamente a los jóvenes rebeldes y puros con tanta hondura como Martí los formó a su hora en un relámpago de euforia y de muerte. Los dos se quejaron, callada o indignadamente, del mal del mundo; pero ni a Martí puede llamársele un desesperado, aunque haya vivido en la desesperación cotidiana, ni a Varona un escéptico, aunque haya vivido desmenuzando la madeja de la duda diaria, porque en la conducta dieron ejemplo de fe y pegaron en el blanco.



Cada cosa a su hora, y cada cosa en su sitio. Eso lo sabemos bien cubanos e hispanoamericanos, mirando y remirando a las dos grandes figuras. El uno se soltó místicamente al rapto y al sacrificio, para bien de su pueblo, de sus pueblos; el otro retrajo la marcha, midió el paso, lo hizo firme y rítmico. En el poeta había, sobre todo, adivinación, sentido mágico, magia, seducción, ímpetu... Era, ¡qué duda cabe! un hombre que tocaba el misterio. En el otro había reflexión, duda, cavilación, y luego sabiduría, voluntad, entereza, conciencia civil. ¡Qué lejos llegaron el caballo de luz de Martí y la cabalgadura bien guiada y bien espoleada de Varona!... Por lo que se ve que la grandeza no depende de los años ni de las generaciones, y que en cada hombre, en el camino largo o corto, accidentado o llano, trágico o suave, en su país o en el destierro está siempre a la mano la espada de la buena batalla.

Dos frases, recordadas ahora entre las muchas de Martí que acompañan mi memoria, reencontrada otra entre los papeles de Varona a los que he echado un rápido vistazo, sintetizan la buena lección: "Para mí, ya es hora", dijo el primero. Y el segundo, cuando los estudiantes luchaban contra la dictadura: "Resistir, esperar". No fué impaciencia la de Martí ni Varona esperó a ciencia y paciencia. Fué a la muerte el uno y a la larga vida el otro. Porque en cada caso ese era su más fecundo destino. Y así tiene Cuba la lección de su gran joven y de su gran viejo. Y esta frase me lleva a señalar otro aspecto, no menos importante, de este acto. Está presidido por uno de los

jóvenes que fueron discípulos de Varona, por el doctor Aureliano Sánchez Arango, hoy Ministro de Educación. El día en que tomó posesión de su cargo, invocó la lección del Maestro: honestidad, trabajo, hombría de bien, firmeza, lealtad a sí mismo, "pan y cultura integral... no pan y circenses", según dijo Varona. Viene de aquel grupo de jóvenes valientes, hoy diseminados y repartidos en los distintos grupos políticos que forman la liza de Cuba y del mundo, pero unidos en los momentos decisivos —creo yo, para bien de Cuba— en lo más profundo de sus entrañas. Desde nuestra adolescencia oímos los mexicanos sus nombres, leímos sus periódicos y expresamente con unos, tácitamente con todos, formamos una de las más entusiastas juventudes que haya podido tener país alguno. Nuestro hispanoamericanismo tiene las mismas raíces y floreció a la misma hora, y la hora ha sido rica en peripecias, en vidas y en muertes, y yo no pierdo la esperanza, a pesar de la crudeza de los tiempos, que resulte en maduros frutos. De México veíamos hacia Cuba, de Cuba hacia México, de Cuba hacia Venezuela, de Venezuela hacia España, México, La Habana, Caracas y Madrid, en lucha contra las dictaduras y los abusos, vieron crecer una generación hispanoamericana fervorosa, a la que Sánchez Arango pertenece en primera fila. El cargo que ocupa, mi condición de amigo personal suyo que ha compartido con él aun el mismo techo y la misma mesa, mi entrañable cariño por amigos suyos entrañables, y el ser huésped de su país y de su gobierno, me vedan decir más sobre la honda estimación moral e intelectual que le profeso.

Tiempos huracanados, soplan sobre el mundo. ¿De dónde, hacia dónde? Lo importante para quienes enseñan la literatura y el espíritu de Hispanoamérica, de quienes sólo tienen trincheras de ideas, es llevarse al Norte y al Sur las de Martí y las de Varona. Hay una de ellas que a mí me gusta particularmente, y con la que cierro estas palabras: "El odio es estéril, la venganza, infecunda; solamente la superioridad moral sobre el enemigo nos asegura la victoria".

Del viaje a Cuba, del encuentro con Martí y Varona y con tantos otros cubanos extraordinarios, el profesor y el hombre se lleva, en momentos de angustia y desesperación universales, una lección de fe y de entereza.

Muchas gracias, cubanos.

(*Viene de la página* 152)

Todo tú con la luz interior de una brava penumbra.
Gigantesco.
Imperator.
Magnífico.
Oh, flor de metal y carbón y rugiente basalto.
Oh, cumbre de todo lo abrupto.
Oh, muerte de todo lo frágil.
Oh, agresión.
Oh, batalla.
Oh, asombro.
Oh, afrenta.

G. P. G.

Los Estados Unidos compran un aliado fascista

Por *Pere FOIX*
(En *Rep. Amer.*)

Estamos acostumbrados a presenciar tantas barrabasadas y tantos son los fraudes y deslealtades que sufren la libertad y la democracia, que ya no nos queda tiempo para la indignación. Ciertamente no podemos evitar el comentario mordaz respecto a ciertas actuaciones. Y sentimos náuseas, no extrañeza, ante la actitud del capitalismo internacional. El capitalismo está mucho más cerca del fascismo que de la democracia. La gente de pro se escandaliza cuando ve a un trabajador con pretensiones de reclamar su derecho a la vida y sonríe y se enternece y ayuda al nazi insolente y provocador. Ahora vemos a Churchill furioso. Embiste iracundo contra el blando socialismo inglés, mientras su partido reclama, casi exige, que Inglaterra restablezca cabales relaciones diplomáticas y comerciales con el nazi Francisco Franco.

La gran nación norteamericana, que cuenta en su historia hechos notables por haber tenido ciudadanos insignes que no regatearon esfuerzos para enaltecerla y que merecieron la loa universal, hoy está al borde de la ignominia. Washington, Jefferson y Lincoln yacen olvidados en sus tumbas, siendo escarnecidas las ideas de libertad que aquellos próceres con tanto ahínco defendieron. Y es que el capitalismo norteamericano mide su fuerza con los adversarios a base de dólares y de bombas, ignorando que con un dólar se puede llenar un estómago pero no nutrir un cerebro y que con las bombas puede destruir una nación, pero no una idea. En su imbecilidad y engreimiento, fomenta lo que quiere combatir: el bolchevismo y el nazismo.

Alfredo L. Palacios, en un discurso pronunciado en Montevideo el 8 del pasado abril, dijo que "un hecho no es histórico si no interviene el espíritu del hombre". Este pensamiento pertenece a un latinoamericano que busca la unidad del Continente en la libertad, mientras que desde la Casa Blanca se fomenta la discordia entre los países americanos alimentando a las dictaduras civiles y militares —Colombia, Perú, Venezuela, Paraguay, Santo Domingo— y da soporte al nazifascismo establecido en Madrid con irradiación en toda la América Latina. Y ello es así porque domina la materia. No hay espíritu.

El fascismo, por ser un sistema brutalmente materialista, se aviene perfectamente con el capitalismo. Este, en ocasiones teme al fascismo porque hurga en sus bolsillos. Si el fascismo no se entremetiera en los negocios del capitalismo, el capitalismo sería fascista, no por afinidad ideológica, puesto que el capitalismo carece de ideas, sino porque el fascismo ahoga a las organizaciones obreras e intenta paralizar el progreso de los pueblos.

Los capitalistas argentinos y españoles acuerparon al fascismo y ahora pugnan por deshacerse de los dictadores. Cuando en 1936 los nazis alemanes, los fascistas italianos y el *Estado Novo* portugués atacaron a la democracia española, el capitalismo internacional alentó a Hitler, a Mussolini y a Oliveira Salazar. Luego vino la segunda guerra mundial y ante desastre de tal magnitud, los demócratas esperaban ver al capitalismo resueltamente frente al nazismo y al fascismo. Vana resultó la esperanza.

El señor Truman, Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, con su miopía intelectual y política, en un intento de colonizar a España a favor del capitalismo norteamericano, fomenta maravillosamente la bolchevización de la Península Ibérica. Franco podrá entregar su país a Truman a cambio de un puñado de dólares. Truman, en virtud de ese chalaneo indecoroso, podrá adueñarse, no del espíritu, porque a los hombres y al espíritu no se les compra, se les persuade con el verbo, con la generosidad, con la idea y se les atrae con la fraternidad. Aunque todo eso suene a siglo XIX, sigue siendo una verdad incontrovertible.

La carta que en Washington publicó el señor Acheson el 19 de enero anunciando la determinación del Gobierno de los Estados Unidos de ayudar a la dictadura nazifascista que España sufre, aparte de ser un exponente de la afinidad capitalista norteamericana con el nazismo que en España detenta el Poder, explica con toda claridad lo que el imperialismo yanqui quiere, eso es, aprovecharse de la tragedia española a favor de su política expansionista. Pero los norteamericanos suelen estar mal informados, mayormente por lo que a España respecta. Y al no comprender las inquietudes, los anhelos de los pueblos de Europa que creen rebaños hambrientos de dólares fáciles de conquistar, en España llevan las de perder.

Truman, Acheson y el mundo entero saben que Franco fué beligerante en la pasada guerra mundial. Saben que Franco insultaba a Norteamérica y en la Casa Blanca no pueden ignorar que la política franquista encarcelaba y apaleaba a los españoles que difundían los boletines de información de las Naciones Unidas, a la vez que cabe suponer que Truman y Acheson están enterados de que Franco envió a soldados falangistas al frente oriental para

que, encuadrados en los ejércitos nazis, lucharan contra uno de sus aliados.

El pueblo español simpatizaba por la causa de las Naciones Unidas cuando la victoria era incierta y luego de la derrota de Hitler y Mussolini, los españoles esperaban un gesto de solidaridad que les permitiera recobrar plena soberanía con el goce de la libertad. El desencanto fué y sigue siendo terrible. Y la simpatía española hacia los Estados Unidos del Norte, se ha trocado en aversión y si lo que alienta Acheson en su carta se lleva a cabo, la aversión se tornará odio.

Ahora, los Estados Unidos, en un peligroso desafío a los defensores de la libertad, quieren ayudar a Franco. Y corren en ayuda del dictador fascista en el preciso momento en que, ahogado por la miseria física y moral, ni su amigo Perón quiere ayudarle. Y pese a que Franco esté hundido en el fango bermejo de sangre humana, los Estados Unidos acuden presurosos en socorro del más temible enemigo que jamás España haya tenido. Y nos vamos convenciendo que Estados Unidos ayudan a Franco, precisamente por ser el mayor enemigo de España.

Las palabras de apego a la libertad, a la democracia, a los derechos del hombre que periódicamente pronuncia Truman y que repiten sus locutores de radio, vemos que es un truco de la propaganda norteamericana para cazar incautos. Y este juego es peligroso. Además, Truman y sus colaboradores no advierten que a Stalin le conviene la permanencia de Franco en el Poder, por la sencilla razón de que la esclavitud de España, esclaviutd apuntalada por los Estados Unidos, cumple a los planes rusos. Los norteamericanos han perdido la noción de la realidad. Podrán comprar a Franco cuando gusten y al precio que les convenga, pero nunca conquistarán la simpatía del pueblo español. Y que no sueñen en convertir a España en una colonia norteamericana, porque el día que a Stalin le convenga conquistar la Península, bastará con que ayude a los españoles a librarse del tirano para que el pueblo español en masa se levante contra Franco y sus aliados.

Acheson, con su desventurada carta consolida a Franco en el poder y con ser esto muy grave y dañoso para España, fomenta otra cosa que aún es peor: la guerra civil. Porque si en España y los emigrados se convencen de que se han agotado todas las posibilidades de echar a Franco por medio de un arreglo pacífico, no habrá otro recurso que echar mano a la violencia.

Acheson afirma que "no hay indicios de un cambio del presente Gobierno (el de Franco) y que la situación interna del Gobierno español es poderosa y su administración goza del apoyo de muchas personas". Mayor complacencia no la podía esperar el tirano ferrolano, cuanto más que el propio dictador sabe que la afirmación de Acheson es una falsedad, porque el poderío de Franco se afirma en una policía organizada al estilo de la Gestapo, juntamente con otras fuerzas armadas que no permiten el menor brote de oposición al régimen fascista, viviendo el pueblo atemorizado, pero no doblegado y menos vencido.

Acheson, al referirse a la situación interna de España se basa en la mentira, y en la incongruencia al afirmar que el pueblo norteamericano está confuso al ver que los Estados Unidos mantienen plenas relaciones diplomáticas con Rusia y no con España. Si esta confusión de los norteamericanos es cierta, aquel pueblo está incapacitado para opinar en cualquier asunto político internacional. Y ello es así porque no se puede establecer comparación ninguna entre la Rusia de Stalin y la España de Franco, por lo que respecta a las relaciones internacionales. Rusia luchó bravamente al lado de Estados Unidos contra Hitler y Mussolini, a la vez que los rusos fueron unos de los artífices de la Organización de las Naciones Unidas, mientras que Franco estuvo y está decididamente, tanto por ideología como por interés, al lado de lo que Hitler y Mussolini defendieron. Si después de la victoria en los campos de batalla los Estados Unidos y Rusia no se han entendido, ¿qué culpa tiene de esta desavenencia el pueblo español? Y por no haber tenido el pueblo español arte ni parte en los enredos y triquiñuelas de la política internacional, es un crimen que se pretenda apuntalar a Franco en el Poder, en menoscabo de la decencia, apuñalando a la libertad.

Ya sabemos que en política caben todos los engaños, cuando el político chalanea en provecho de intereses inconfesables. Y como que los Estados Unidos intentan colonizar a España, se esgrime la mentira unas veces y otras se finge el olvido de hechos fundamentales. Porque el señor Acheson afirma en su carta, que el retiro de embajadores de España, ha consolidado a Franco en el poder. Esto es falso. Pero si fuera verdad, ¿cómo explicaría el señor Acheson el alborozo con que la prensa española controlada por Franco ha recibido su declaración? ¿Que el retiro de embajadores no ha dado el resultado que la ONU esperaba? ¡Claro! Como que la ONU acordó que el retiro de embajadores era el primer paso contra Franco y, en el caso de que Franco no abandonara el poder en virtud de aquella repulsa internacional, la ONU tomaría otras medidas más radicales contra el dictador español, y a cuyas medidas, todo el mundo sabe que los Estados Unidos se han opuesto enérgica y reiteradamente.

Nos duele tener que comprobar que el señor Truman, al permitir que su Secretario de Estado Acheson lanzara a los cuatro vientos su infortunada carta, se haya hecho acreedor al desprecio universal, por la sencilla razón de que al apuntalar a una dictadura fascista, fomenta la discordia entre las naciones del Occidente europeo a beneficio de Rusia y del nazismo alemán, el cual, alentado por la presencia de Franco en el poder, ya levanta cabeza, sin que el señor Truman tenga autoridad moral para combatirlo, porque si lo apoya en España, ¿con qué argumentos lo puede combatir en Alemania? Y con su actitud coloca en una situación difícil a los gobiernos inglés y francés, resueltamente opuestos a Franco.

¡Cómo escarnece la memoria de Lincoln, ese señor Truman!

Y ante la protección de Truman a Franco, el asesino de los masones españoles, ¿no tendrá algo qué decir la Masonería internacional? Cabe esperar que sí. Y con la Masonería, deben protestar los hombres libres del mundo entero, sin que queden atrás las organizaciones obreras de todos los países.

El pueblo español tiene derecho a la defensa de parte de sus hermanos los pueblos que gozan de libertad.

México, enero de 1950.

El hombre que mató al miedo

Es un cuento de *Román JUGO*

(En *Rep. Amer.*)

El pueblo era pequeño. Muy pequeño. Casi era sólo una calle marginada de casas. Había otras casas, también, dispersas. Pero los que las habitaban no eran "del centro", según decían los que moraban a lo largo de la calle principal. Aquéllos eran en cierto modo, la avanzada de una ciudad del futuro. De un futuro todavía muy lejano. Como si fueran habitantes de un pueblo formado por generaciones venideras.

Sí. Era un pueblo "de una sola calle". Y su gente, en cierto modo, era también así. "De una sola calle". Como si cada uno de los habitantes hubiera sido dibujado de un solo trazo de la pluma de la humanidad. Y marchara, de un extremo a otro de aquella calle, con el ritmo tranquilo y limitado de la calle misma.

Así era Ramón Sánchez —"Moncho", para sus amigos—. Tranquilo. Sencillo. Limitado. Como su pueblo. Como su calle. Pequeño, delgado, de maneras afables. "Moncho" cabía muy bien dentro de sí mismo. No había en él necesidad alguna de desbordamiento. Su paso por la vida no se traducía en una proyección molesta para nadie. "Moncho" deseaba vivir su vida. Nada más. Cultivar su pedazo de tierra. Vender su maíz y sus frijoles. Ponerse camisa limpia los domingos. E ir así, "muy mudado", a la Misa Mayor, contoneándose ingenuamente a lo largo de la calle. De "su" calle. Y luego, ¿qué más? Muy poco. Querer a sus dos hijos, a sus dos "chacalines". Sentarse al lado de su mujer, por las noches —fumándose mansamente el "chircagre"— y hacer planes para agrandar la finquita. Era el plan de siempre. La posibilidad de comprarle "aquel pedacito", que hace esquina con su tierra, al vecino de al lado. A don "Chico", el "gamonal".

Todo iba bien. Todo era armónico y promisorio. El pueblo y su calle. "Moncho" y su pueblo. Todo. Hasta que se vino Antonio a vivir en el pueblo. Antonio González no era "de allí mismo". Era forastero. Nadie sabía, en realidad, cuál había sido su pueblo natal. Había vivido mucho tiempo en la capital. Donde muchos campesinos se endurecen y, también, se corrompen. Donde muchos dejan perdida su ingenuidad. Y la cambian por malicia, por ideas extrañas y violentas. Por ideas que ya no son de "una sola calle". Que más bien parecen encrucijadas.

Antonio era fuerte. Macizo. Alto. Sus manos poderosas se cerraban en puños temibles. Y era listo. Hablaba de cosas que había hecho o que había presenciado y de las que en el pueblo casi nadie sabía nada. Pero eran cosas que, de un modo u otro, sonaban malignas y repugnantes. Negocios extraños, en que siempre había alguien que resultaba "tirado". Pero era, según lo explicaba Antonio, "por idiota". Porque los listos debían siempre "tirarse" a los "idiotas" en el Código de Antonio. Y, además, Antonio despreciaba a los débiles. A los tímidos. A los hombres como "Moncho". Y no dejaba pasar ocasión sin dar públicas demostraciones de ese desprecio. En realidad, parecía que la simple existencia de un hombre pequeño, de un hombre afable, de un hombre honrado, de un hombre manso y humilde, sa-

caba de quicio a Antonio. Y "Moncho" era pequeño. Era afable. Era honrado. Era manso y humilde.

Hay hombres que son, sin proponérselo, el reproche viviente de otros. Que, sólo por el hecho de existir, se agitan ante los ojos de otros hombres como un trapo rojo frente a un toro. ¿Por qué? Porque en las sinuosidades del alma hay fuerzas encontradas. Porque, en el fondo, nuestra maldad es una lucha constante. No una determinación absoluta. Y así, Antonio, con el vaso de "guaro" en la mano, relatando historias sucias en la cantina del pueblo, se encontró un día, de pronto, frente a los ojos mansos de "Moncho". El hombrecito limpio lo oía con asombro. Con un asombro tembloroso que se le asomaba a las pupilas. A Antonio no le gustó aquello. Lo que le agradaba era pasear la mirada por un círculo de admiración. De rostros ansiosos y sumisos. Pero en la mirada de "Moncho" no había admiración. Ni sumisión. Ni entusiasmo. Había repulsión. Asco. Porque "Moncho", desde el rincón honesto de su propio pecho, sentía subirle a la garganta algo amargo. Algo como un trago de veneno. Un trago que no le pasaba. No. A él no le "entraban" aquellos cuentos de matón que contaba Antonio. Aquellas aventuras en que siempre figuraba una pobre mujer burlada o un pobre hombre abatido a puñetazos. Y Antonio empezó a darse cuenta de eso. Empezó a sentir, muy cerca de él, estorbándole, una presencia. Un efluvio diferente. Y, al comprender que *aquello* venía de una figurita enteca, débil, casi ridícula, Antonio se saturó de rabia. Esos dos hombres, opuestos el uno al otro en su contextura física, eran también antagónicos en su interior anímico. Cada uno era una negación del otro. Pero lo que en "Moncho" era sólo horror, en Antonio se convertía en odio. Un odio acrecentado por su noción de superioridad. Por la certeza de su fuerza frente a la notoria debilidad del otro.

Antonio era el tipo clásico del matón. Del "perdonavidas". Estaba acostumbrado a imponerse en todos los grupos. A balazos. A puñaladas. A puñetazos y a puntapiés. Sin embargo, sentía especial preferencia por ejercitar su poder en contra de los que no podían devolver golpe por golpe. En el fondo, había en ese afán de maltratar algo de inseguridad propia. Algo como la noción instintiva de su propia cobardía. Algo que lo forzaba a mostrar, continuamente, pruebas de que era fuerte. Y de que era valiente, también. Por eso, para sus demostraciones, gustaba de escoger contrincantes con los cuales su sistema no pudiera fallar. Contrincantes como "Moncho".

—"¿Qué me ve usted, idiota? —saltó, de pronto, Antonio, dirigiéndose a "Moncho". ¿No le gusta lo que digo, que me hace cara seria?

Era la provocación. Ya Antonio había bebido lo suficiente. Estaba encalorizado. Había contado demasiados cuentos en ese pueblo. Había que dar pruebas de su fuerza y de su valor. Había que buscar una víctima. Un tipo a propósito para recibir golpes. Y "Moncho" tenía toda la cara de ser apropiado para eso. Además, había una lucecita en los ojos de "Moncho". Una lucecita que parecía de censura. Por eso, Antonio se decidió a dar un espectáculo brutal a los amigotes que bebían con él en la cantina esa noche.

—"Yo no he dicho nada, señor —contestó humildemente "Moncho"—. Lo estaba oyendo, nada más".

—"Pues diga, entonces, si le gusta o no le gusta lo que yo estaba diciendo" —insistió, en tono cortante, Antonio.

"Moncho" guardó silencio. No era tonto. Era "de una sola calle", es verdad. Era sencillo. Tranquilo. Humilde. Pero sabía, instintivamente, distinguir a unos hombres de otros. Sabía, por eso, que Antonio era malo y peligroso. Que era fuerte. Y sabía, también, que aquel matón lo había escogido ya a él. Que era inútil lo que dijera o lo que hiciera. Y en los ojos de "Moncho" la lucecita se transformó. Ya no era una luz de reproche. Era una luz de miedo. Y así, transformada, se iba a convertir en los ojos de "Moncho" en una luz permanente.

Antonio se levantó de su asiento. Se irguió, poderoso y brutal, frente al tímido hombrecillo.

—¿Por qué no me contesta...? —dijo, arrogante. Y ante el obstinado y medroso silencio de "Moncho", le arrojó a la cara el contenido de su vaso de licor.

Lo que siguió fué un espectáculo grotesco. Algo que tenía, a la vez, de trágico y de cómico. "Moncho" cegado por el alcohol, se tambaleaba, tropezando con los muebles. Antonio, mientras tanto, descargaba sus puños sobre aquel cuerpo débil y pequeño. "Moncho" no duró mucho tiempo en pie. Pronto quedó, encogido y sangrante, sobre el suelo. Intervinieron los espectadores.

—"Lo vas a matar, Antonio —gritaron algunas voces—. Dejálo ya..."

—"Eso es para que aprenda a respetar a un hombre..." —dijo, al sentarse de nuevo en su sitio.

Seguidamente, pidió otro trago.

El pobre "Moncho", sacado en brazos de unos cuantos seres caritativos, fué llevado a una casa vecina. De ahí, luego de lavarse, como pudo, su rostro macerado, se fué para su casa.

Esa noche "Moncho" no hizo planes, sentado al lado de su esposa y fumando su "chircagre". No. No hizo planes, al menos, para agrandar su finquita. Hizo, en cambio, reflexiones. Tristes y profundas reflexiones.

—¿Por qué? —se preguntaba—. ¿Por qué me pegó? ¿Qué le estaba haciendo yo a ese hombre?"

Su esposa, con ese apego de las mujeres a la protección legal, le decía:

—"Andá a la Agencia de "Polecía", "Moncho". Contáselo todo al Agente y ya verás que él te da la razón. Y pedile que detenga a ese hombre... que le ponga una multa..."

Y todo comenzó al día siguiente. Una vida nueva para "Moncho". Una vida que ya no corría, mansamente, al ritmo de la vida del pueblo. Una vida que ya no era, como antes, sólo trabajo, amor a la familia, ambición honesta de agrandar la finca. Una vida que estaba, ahora, regulada por la confusión. Y por algo más. Por algo peor. Por algo absoluto. Determinante. Por el miedo.

Todo comenzó cuando "Moncho" fué a darle parte" al Agente de Policía. Y cuando éste decidió tomarle declaración a Antonio. Claro está que, de todo aquello, no salió el castigo de Antonio. Sus amigotes de la cantina —únicos testigos del hecho— declararon todos en favor de él. "Moncho", el bueno y apacible "Moncho" era, según la declaración de aquellos borrachos, un hombrecillo irascible y pendenciero. Y había provocado e incluso, agredido a Antonio, el cual no había hecho más que defenderse. No había nada que hacer, legalmente, contra Antonio. Eso fué lo que le dijo el Agente de Policía a "Moncho".

Pero no paró ahí el asunto. Antonio, luego de manifestar que se iba a cobrar "lo de la Agencia de Policía...", se las compuso para encontrarse con "Moncho". Lo esperó en un lugar solitario y, armado de una "tahona", le cruzó la cara y el cuerpo a vergajazos. Otra vez hubo de rodar el pobre hombrecito por el suelo. Otra vez quedó su cuerpo, sangrante y adolorido. Otra vez hubo de afirmarse, más adentro del alma, aquella lucecita que le brillaba en los ojos. La lucecita del miedo. Mientras se retorcía de dolor, a los pies de su atacante, "Moncho" oyó que éste le decía:

—"De ahora en adelante, quede entendido de que, en donde me lo encuentre a usted, le volveré a pegar. De día, de noche, en la calle, en una cantina, en un baile, en donde sea... y seguiré rompiéndole la cara... siempre, cada vez que me lo encuentre..."

Y "Moncho" no oyó más. Porque se desmayó.

Lo recogieron, mucho rato después, unos hombres que acertaron a pasar por ahí.

Y Antonio cumplió su palabra. Dos veces más. En dos sitios distintos. En ambas ocasiones "Moncho", desesperado, trató de defenderse. Pero, como el pobre "Moncho" decía, Antonio era "más doble" que él. Y, finalmente, fueron dos veces más en que aquel cuerpo endeble se aferró a la tierra. Se extendió sobre el suelo. Y quedó, exhausto y adolorido, a los pies del vencedor.

"Moncho", atormentado, se preguntaba después: "¿Por qué no me mata del todo?" Pero no. Antonio no pensaba matarlo del todo. En él se iba volviendo costumbre el maltratar a ese hombrecillo. Saturado siempre de alcohol, Antonio necesitaba expansión. Cauce. Salida para unas ideas violentas y extrañas que le anidaban en el alma. Necesitaba volcar sobre alguien un excedente salvaje que le bullía por dentro. Y había encontrado un recipiente ideal. Un recipiente que debía conservar. Y aprovechar.

"Moncho" se fué del pueblo. Sí. De "su" pueblo. Vendió la finquita. Dejó un poco del dinero a su mujer. Y se fué a Parrita. Lejos. A la costa. A trabajar. A hacerse otro nido para llevar luego su compañera y sus retoños. A olvidar, también. A olvidar a Antonio. Y

Danza negra

(En *Rep. Amer.*)

Caralampio, el negro zambo
de la costa de Bluefields,
come cocos blancos, blancos,
bebe chicha de maíz.

Baila conga, baila rumba,
fuma Esfinge y Chesterfield.
Toma ron de La Gallera
y se alegra con el gin.

Cuando baila con las chicas
suda y suda a más poder
con el ritmo afro-cubano
que lo llena de placer.

Es un zambo casquivano
este chico que es muy chic.
Caralampio es mi paisano
con chistera y Chesterfield!

Yolanda CALIGARIS.

Managua,
27 de noviembre de 1949.

a olvidar su miedo. Sí. Esto, sobre todo. Porque en "Moncho" el miedo era ya algo que lo llenaba todo. Que corría por sus venas en lugar de sangre. Que saltaba en sus ojos, en aquella lucecita permanente. Que brotaba en sus palabras. "Moncho" no era ya un hombre. Era un miedo. Todo él era un miedo que se movía. Un miedo que trabajaba. Un miedo que hablaba. Un miedo que vagaba por el mundo con figura humana. Despertaba "Moncho" a media noche, sudando. Se sentaba en su humilde lecho. Miraba, a su lado, a su esposa que dormía. Y ponía tenso el oído. Pasos. Oía pasos. Los pasos de su enemigo. Los pasos de Antonio que venía a pegarle, a romperle la cara, a arrastrarle por el suelo. Pero no. No eran pasos. Era su propio corazón que latía... Por eso se fué "Moncho". Por eso vendió la finquita. Por eso se separó de su buena compañera. Por eso dejó a sus "chacalines".

Había un "turno" en el pueblo. La plaza era un hervidero de voces, de colores, de estallidos de cohetes.

Antonio, el matón, rodeado, como siempre, por sus incondicionales admiradores, paseaba su brutal arrogancia por la plaza. De pronto, se detuvo y exclamó:

—"¡Qué es lo que estoy viendo...!"

Sí. No había duda. Ahí estaba "Moncho". Había venido al pueblo por última vez. Luego de muchos meses de lucha, allá en la costa, había podido abrirse camino. Venía a llevarse a su mujer y a sus hijos. Coincidió su llegada con la fiesta patronal en el pueblo.

Al ver a Antonio, "Moncho" trató de escurrirse. Antonio se dirigió hacia él. Lentamente, con determinación. Con aquella determinación horrible de siempre. Para cumplir, una vez más, su promesa de golpear y humillar aquel cuerpo débil y aquella alma tímida.

Esta vez "Moncho" huyó. Abiertamente. Desesperadamente. Olvidada toda su dignidad. Toda su hombría. Recordando sólo su miedo.

Corrió con los cabellos erizados. Saltándole el corazón dentro del pecho. Con los miembros temblorosos.

Antonio lo siguió. Un rato, nada más. Para verlo correr. Y para que los demás se rieran, también.

—"¡Ya te agarraré, cobarde...!" —le gritó al fugitivo.

"Moncho" oyó aquella amenaza. Le vino en él viento. Envuelta en el agitado viento de su loca carrera.

Ya en su casa, se movió en silencio. Su esposa y sus hijos dormían. En la oscuridad sus manos actuaban con precisión. Revolvían su maleta. La que había traído de Parrita. Ahí tenía un revólver. Comprado allá, en la costa. Comprado sin saber exactamente por qué y para qué. Comprado al impulso de un instinto. Pero ahora sabía ya para qué lo había comprado. Para vivir. Para seguir viviendo. Para poderse mover como todos los hombres. Como todo el mundo. Para ir y venir. Para trabajar. Para poder querer mansamente a sus hijos. Para poder fumar su "chircagre", por las noches, junto a su buena mujer, hablando de "agrandar su finquita". Para ser un hombre corriente. Para no ser más una sombra fugitiva. Un conejo. Un infeliz. Un cuerpo débil que se retuerce, sangrando, en el suelo. Un muñeco. Y, pensando así, todavía le brillaba en los ojos, al pobre "Moncho", la lucecita del miedo... Fué un rato después. En la plaza. En medio del "turno". Ante toda la gente. Fué así como, entre los juegos de luz y sombra de los estallidos de los cohetes, brotó la tragedia. Una sombra pequeñita y furtiva se plantó ante otra sombra grande. "Moncho" se le enfrentó a Antonio. Este, con su "tabona" en la mano, se lanzó sobre el hombrecito. Iba a cruzarle, una vez más, el rostro. Todo era igual a lo anterior. Todo iba a ser lo mismo, lo que aquel pueblo se sabía de memoria. Pero, esta vez, hubo una alteración. Sonó, de pronto, algo que, entre el sonido de los cohetes, parecía el de un cohete más débil. "Moncho" había disparado su revólver. Casi nadie lo advirtió. Ni el mismo Antonio pareció notarlo. Fué un solo tiro. Un tiro que no detuvo a Antonio. Este siguió corriendo, con el brazo levantado. Corriendo tras de "Moncho". Porque "Moncho" disparó y huyó. Lanzó lejos de sí el revólver que le parecía inútil. Corrió, empujando a los que se le ponían por delante. Antonio corrió tras él más de cien varas. Cuando rodó por el suelo todos pensaron que había tropezado con algo. Pero no se levantó más. Había tropezado solamente con la muerte. Tenía una bala en el corazón.

Costó mucho convencer a "Moncho" de lo que había hecho. Hubo que traerlo por la fuerza, entre varios vecinos a los que dirigía el Agente de Policía. Y, de nuevo en la plaza, lo pusieron frente al cadáver de Antonio. "Moncho" no lo podía creer. Clavó sus ojos en aquello. En aquel corpachón, en aquella musculatura, temible antes, y que ahora parecía inofensiva. En los ojos de "Moncho" brillaba la lucecita. La lucecita del miedo. Pero, poco a poco, se fué apagando. Poco a poco fué dando campo, otra vez, a la mirada sana y limpia del "Moncho" de antes. Del hombre que era igual a su pueblo. Que era tranquilo, sencillo, recto. "De una sola calle". Y, de pronto, "Moncho" empezó a reír. A reír como un loco. Pero no. "Moncho" no estaba loco. Estaba sólo contento. Estaba sólo tranquilo. No le importaba ya nada. Ni la cárcel que lo esperaba. Ni el Agente de policía que lo sujetaba por un brazo. Nada. Nada. Porque "Moncho" había matado al miedo...



Huaras. San Cristóbal. Por *Camino Sánchez.* Perú. 1939.

El monstruo

Por *Olga ACEVEDO*

(*En* Rep. Amer.—*Atención de la autora, en Santiago de Chile. Con estas palabras: "Este Monstruo, ya se dará cuenta Ud, es el monstruo fascista, que se ha entronizado, parece, en nuestra pobre América del Sur"*).

De pronto es un gran bosque de apresurados huéspedes,
un espanto de hojas enloquecidas
azotándose desgarradoramente entre las piedras.
Qué silbo de escondida serpiente hiende el aire dormido.
Qué reptar espantoso por los muros helados.
Y ese pegajoso roce de mosca negra
arañando, arañando, sobre una piel desnuda.
¿Es ese el monstruo aquel de las setenta máscaras?
Oh grotesco y pesado pollerón de murciélagos,
qué bien conozco su ojo horrible,
qué bien oigo en la absorta noche de luna llena
la inconfundible voz de su campana a muerto.
Con ese cucurucho fantasmal
y esa abundante boca de traiciones y látigos,
y ese paso de ganso, y el rabioso gemido
de condenado a muerte.

Es por oscuros sótanos
nadando entre aguas ciegas, empeñado en la absurda
y exasperada angustia de alcanzar esa rama,
ay, esa precisa rama.
Qué pesdumbre ahoga su senectud odiosa.
Qué olor a azufre exhala desde su abismo negro.
Por ahí va. Salid a verlo. Ya no esconde la cara.
A veces por entre criptas palaciegas atisba. Trepa, resbala, cae.
Se azota entre los muros, llorando como un caimán
junto a los poderosos.
Y ni ve cómo se cuelgan de su pollera hedionda
las sanguijuelas y los tábanos, los letreros ridículos,
y los innobles títulos.

Como carne de muerto. Bebe lágrimas de sangre
y succiona la vida hasta la muerte.
¿Lo conocéis? Por ahí va. Salid a verlo.

He ahí su ola de espanto,
su larga cola ardiendo, su lengua de culebra parda
limpiando las medallas y los zapatos de *ellos*.
Por aquí pasa, y se tiñe de sangre el agua y los asfaltos,
y las paredes viejas de los pobres
y su pan miserable.
Es el Monstruo. ¿Lo conocéis? Salid a verlo.

Entra y se oscurece todo. Se abre en dos la profunda
y temblorosa entraña. Se encoge, se empavorece el día,
llora sola la espiga y suda llanto la madera.
Con una u otra máscara, ensaya, se engruesa, se hace nada.
Pero qué bien conocemos su ojo horrible,
y su origen estulto y su moneda falsa.

No nos alcanzas, Monstruo.
Aquella rama dulce, que jamás nublará tu maleficio inútil,
bajo su palio eterno, cómo florece y canta.

Marzo de 1950.

Canto a la raíz bajo nosotros

Por *Fabián DOBLES*

(En *Rep. Amer.*)

A. *Joaquín García Monge*.

Llamadlo como queráis. Yo lo llamaré el abuelo.
Tenía bigotes largos, y sus ojillos pequeños
chispeaban en la silampa entre filosos destellos,
aquellos ojos que ahora son grito apagado, lejos,
tras el muro de los años, forjado en piedra de sueños.
Bajo el túmulo ahora gris de calendarios ya viejos
miradlo vagando aún por entre el humo del tiempo
y en la honda raíz del musgo y de la piedra y del perro.
Ya de tan antiguo errar nadie sabe que está muerto.
Nadie lo conoce ya, por sumergido e inmenso,
cristal en el agua antigua y ahora ya piedra en el trueno.
Era fuerte como el mimbre que se bate cuerpo a cuerpo
con el huracán sonoro, y sabía mirar sin miedo
y olfatear, y urdir la trama de la vida con el pecho
bien abombado de orgullo, este viejo leyendero.
El con el hacha en la mano sembró estos campos extensos,
plantó estos días de hoy y estos caminos abiertos
por donde corre el sudor y cabalga el oro nuevo.
Se conocía la vida de su hacha —porque era hachero—
como se sabe del callo en la mano el viejo peso
y de la angustia de estar solo pero estar entero.
Bajo estos músculos mudos de la tierra, hondos y negros,
está su cuerpo hecho polvo de raíz, ya gigantesco,
y su palabra terrígena clamando, y su enorme esfuerzo
hecho ahora carne de olvido y de simiente en el tiempo.
Por techo el rayo tenía y el río turbio por suelo.
Por almohada el fiero aullar temible y negro del viento
en aquellas noches largas en que las piernas morenas
de su mujer, dadivosa y vegetal, le parieron
los hijos como en racimos, cálidos racimos tiernos
de nuevas hachas y gritos verticales, montañeros.
Hoy, fantasmal, extendido de raíz hasta raíz,
de estaca a estaca en el suelo,
nadie puede ya medirlo porque es ahora un hombre inmenso,
como enorme carne seca, vieja piel, querido hueso,
abismático y terrible polvo amargo de recuerdo
perdido en el horizonte del árbol y los inviernos.
Tremendo devorador de terrones milañeros
que temblaban en su lengua como el guisado en el fuego.
Escanciador formidable de savias hoscas y fieros
zumos de la madre tierra que navegaban su sueño.

Viejo hachero, viejo hachero,
domeñador de los ríos, espuela y duro cabestro
de las aguas, sus hermanas de soledad y silencio,
aguijador de las ancas de ese buey eterno y bueno
que le ayudaba a tirar —sudor luminoso y férreo—
de los centenarios troncos y el carro de sus empeños.
"Hijos, buscad la alegría, huid de vuestro tormento.
Dios está en todos nosotros, Dios creador está en los dedos".
Y la mano hincaba el hacha en la madera, y el trueno
hería de luz la montaña y el rayo sanguinolento
teñía con su rubia sangre el rostro del viejo abuelo,
que se clavaba, ya una asta firme, de carne, en el suelo,
y aullaba, fiero animal, la uña engarfiada en el céfiro,
un grito que era oración y reto al dolor y al miedo.
Más allá, sí, más allá de la memoria y del tiempo,
de este silencio apretado de cal y hoja seca y hueso
que como maldita herrumbre sobre él ha ido cayendo
en furia sorda, apacible, y en dedo cruel, sin remedio,
está, yo os lo digo, hermanos, él, el hombre primero,
el de aquella hacha inicial y aquel roble de milenios
que bajo su recio empuje se hacía madera en el tiempo.
¡Qué! ¿No hay nadie que levante la frente por él... por ellos?
¿Que lo asga desde su pierna de raíz y musgos tensos
y que, lanzándolo al aire —a este aire antiguo que es nuestro—
sin temor a su memoria, sin miedo a su cruel silencio
ni a su desnudez monstruosa, diga, aquí está: es el abuelo?
El era el dueño de todo. De nuestra savia del pecho,
de las abras, de los ríos y de los vientres mineros,
cuando sólo él respiraba su aire sonoro y repleto.

Lo demás, hermanos míos, es sólo mentira al viento.
La verdad estaba en él, señor del árbol y el tiempo...

Mas, ya su cuerpo arrecido duerma tranquilo su invierno.
Y en alguna primavera auroral, de rayo y trueno,
su sueño de árbol desnudo renazca de nuestro pecho
envuelto en su oscura barba, su estelar barba de fuego,
de nuevo libre y señor, dueño y señor de lo nuestro.

No sé cómo le decís. Yo lo llamaré el abuelo.
La raíz bajo nosotros. Nuestro apellido en el tiempo.

En Costa Rica, 1948.

Algunos fundamentos de Historicismo

(En *Rep. Amer.*)

3º

EXPRESION

Como el manantial que brota de las rocas, surgen las vivencias desde el fondo de la vida, enmarcadas en un estilo propio de expresión. Una vivencia sin su correspondiente lenguaje fuera como un punto muerto, como el vacío, como la nada. Pero, la circunstancia de permanecer cada vivencia contenida en su forma respectiva, no debe llevarnos a pensar que la expresión y la vivencia mantienen entre sí una relación de causa a efecto, o que la una sea primero que la otra. San Juan resuelve, en forma definitiva, el problema: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. El era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de él; y nada de lo que existe fué hecho sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres| La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no prevalecieron contra ellas".

Una vida sin expresión no es, no puede ser. Los diferentes lenguajes constituyen medios de expresión, diferentes, también. Se adivina el ente humano donde quiera que surge el lenguaje, la comunicación, es decir, el ser que está en capacidad de confrontar el "yo" con el "no yo". Las formas de expresión van ascendiendo desde el gesto, la acción, el lenguaje, el juicio, el concepto, a las grandes estructuras del pensamiento que constituyen la médula de las conexiones de fines o de los sistemas de organización. Un simple gesto, siempre que manifieste un impulso creador o un movimiento autónomo, está expresando una efectiva vivencia. Vivir es, pues, henchir de vivencia la dimensión que en el lenguaje filosófico se llama tiempo. Esta fugaz dimensión en donde lo que fué ya no es, ni volverá a ser; en la cual cada partícula de segundo ensancha los senderos vitales. ¡Es la dimensión que nunca marcha hacia atrás! A ella apenas nos acercamos como lo hizo Heráclito. En la naturaleza física el elemento que más se le asemeja es el río. Bien hizo el pensador jónico en exclamar: "Nadie contempla dos veces el mismo río".

En el proceso histórico, revélase el poder creador de las vivencias. En las esferas histórico-culturales el tiempo no es el sitio del espacio en donde ocurre algo. Allí el tiempo es lo que ya tiene significado, lo que está cargado de poder creador. En el orden cósmico o material sólo se suceden cambios mecánicos. La vida física no está hecha por nosotros. Para interpretarla, podemos auxiliarnos de la teoría de la causalidad mecánica o, lo que es mejor, pensar con Einstein: *que toda la energía actual y potencial del Universo, es una constante*. La Historia, en tanto, es un proceso creciente; es, en verdad, un *verdadero progreso*. En las formas que crea y desarrolla, demuestra el espíritu su verdadera naturaleza.

Para descifrar el enigma de una personalidad, más seguro que el procedimiento de la introspección, es el análisis de sus obras, de las producciones o de los lenguajes en donde esa personalidad ha dejado estampado el sello de su inconfundible e íntima naturaleza. En cada brote del genio o del ingenio humano encontramos fibras de nuestra propia naturaleza. Ante los personajes de aquellas otras uno se siente, se estudia y se conoce...

Alejandro *AGUILAR MACHADO.*
Costa Rica, 1950.

Hacia la permanencia jurídica constitucional como norma

Por *Vicente DESANTI LEON*

(En *Rep. Amer.*)

San José, enero 12 *de* 1950.

Don Joaquín García Monge,
Editor de Repertorio Americano.
Ciudad.

Mi estimado amigo don Joaquín:

Me permito enviarle el texto completo de una interesante tesis jurídica que fuera debatida ante la Asamblea Nacional Constituyente durante el curso de sus sesiones y antes de que terminase sus labores de dotar a Costa Rica de la Constitución Política actualmente en vigencia. Su autor es el licenciado don Vicente Desanti León, que fuera diputado constituyente por el Partido Unión Nacional y quien es un profesional estudioso y de grandes méritos personales.

La tesis en referencia no alcanzó la mayoría requerida para su aprobación en la Asamblea, pero pienso que —como un justiciero estímulo al señor Desanti que ejerció siempre a cabalidad y responsablemente sus funciones de mandatario del pueblo de Costa Rica— debe dársele publicidad a su estudio y he creído que nadie mejor que usted, a través de Repertorio Americano, *puede hacerlo con más claros títulos.*

Me repito como siempre su amigo afectísimo,

Otón Acosta Jiménez.

Honorable Asamblea
Nacional Constituyente:

Una de las más grandes virtudes de la Nación costarricense es su constante adhesión a la vida de orden y de paz que singulariza a los pueblos cultos. Todos nos ufanamos de su tradicional devoción a los principios republicanos y democráticos que, en el decurso de su vida, se ha plasmado en un profundo respeto a su régimen de ley.

A mantener y vogorizar esa suprema virtud que le ha granjeado el cariño y la admiración de las otras naciones de la tierra, debemos atender con orgullo y con amor. Inspirado en este afán, me ha parecido conveniente y necesario consagrar en una fórmula jurídica permanente ese noble sentimiento del pueblo de Costa Rica.

Sustancialmente lo que pretendo, es que se establezca como norma constante la permanencia jurídica constitucional, sin soluciones de continuidad, por más que, transitoriamente y por acción de la fuerza, se incumplan de hecho algunas de sus disposiciones. Que la Constitución no deje de regir ni un momento como cuerpo jurídico regulador de la vida del país en lo fundamental hasta que otra nueva la reponga, por más que se altere, como suele ocurrir, inevitablemente, el funcionamiento normal de parte del mecanismo administrativo que la propia Constitución crea y regula.

Para algunos esto no pasará del plano de las estipulaciones románticas, pero yo no lo creo así; quizá con el correr de los años lo que ahora parece declaración abstracta cobre fuerza compulsiva efectiva por virtud del poder moral que la anima, por el efecto que haga en los espíritus cada vez más depurados por el refinamiento de la cultura y el progreso de las ideas, y sobre todo, por constituir, como lo dije al principio, un imperativo de la conciencia colectiva nacional.

Seguramente mi proposición, como está, adolece de defectos; pero confío en que todos acepten que la idea que la anima es el bien de la patria, y por ello confío en que los Representantes más capacitados de la Asamblea sabrán condensarla en una fórmula más feliz. Mi proyecto es el siguiente:

ARTICULO FINAL

La presente Constitución regirá mientras no sea derogada y sustituída, en estricta conformidad con sus propias normas, por una nueva.

Nadie podrá arrogarse la potestad del Pueblo de Costa Rica para derogar la Constitución, total o parcialmente, o para suspender sus efectos.

Si un poder de facto se estableciere, cualquiera que sea su origen, sólo podrá ordenar y ejecutar aquellos actos que sean indispensables para el mantenimiento del orden, el funcionamiento administrativo y el restablecimiento de la vida constitucional de la República, todo en el más breve término posible.

Cualesquiera otros actos de gobierno que efectúe el régimen de facto serán absolutamente nulos, no podrán ser ratificados legalmente y aparejarán las responsabilidades establecidas por las leyes penales y la civil solidaria para el pago de daños y perjuicios, responsabilidades que se harán efectivas, a solicitud de cualquier ciudadano, una vez que haya desaparecido el régimen de facto.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA INDOAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Señalemos este loable esfuerzo: Las Selecciones LIRICA HISPANA que en Caracas dirige Conie Lobell. Hemos recibido los números 57, 60 a 74, 81.

Cuadernitos de 54 pp. en 1/64. "En *Lírica Hispana* se recogen todas las escuelas poéticas. En la selección se prefiere a los autores nacionales". Se va cumpliendo con éxito este propósito. Hay *selecciones especiales*. Se fundó en febrero de 1943.

Conie Lobell agradece a todos los poetas el envío de sus libros publicados o inéditos para continuar su preciosa antología.

Señas: Aptdo. de Correos Nº 3551. Caracas. Venezuela.

Con este lema: *Poesía es la Esencia del Todo.*

A propósito de Venezuela en sus escritoras, señalemos también esta novela de Antonia Palacios, en Caracas:

Ana Isabel. Una niña decente. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. (En Novelistas de España y América).

La hemos recibido como atención de la autora. Ya la hemos leído con gusto. Compartimos el juicio que de ella da Uslar Pietri. Madres y maestras debieran leerla. Es un caso frecuente el de Ana Isabel, en conflicto con la incomprensión social.

Psicología fina, sentido emocional del medio y de la época; del folklore; el vocabulario popular; mucha habilidad en el modo de escribir, de dialogar; sobriedad. Las ilustraciones de Durbán son sugestivas.

Sumamente interesante esta evocación infantil. Ya tenemos en Antonia Palacios una nueva novelista de muchos méritos. Que prosiga. En uno de los cuadernos próximos, hemos de volver con *Ana Isabel* y su autora.

Esta otra novela que la Editorial LOSADA también ha incluído en su tan acreditada serie Novelistas de España y América:

Miguel Angel Asturias: *Hombres de Maíz*.

Cuánto sabe Asturias de la sabiduría indígena de Guatemala y con qué habilidad la recoge en los diálogos. ¡Qué sabroso libro! Y qué magia la del idioma en el autor y en sus personajes y en la geografía de la misteriosa Guatemala.

Estos relatos de Arturo Uslar-Pietri:

Treinta hombres y su sombra. Editorial LOSADA.

Uslar-Pietri, novelista venezolano ya conocido, de dimensiones mayores. Estos relatos están incluídos en la serie Novelistas de España y América. Los vamos a leer con cuidado.

Libros nuevos con que se anuncia la Editorial LOSADA, de Buenos Aires:

Rex Warner: *El aeródromo* (Novela). Traducción de Aurora Bernárdez.

Rex Warner: novelista inglés y helenista de fama. *El aeródromo* es su novela más significativa. Warner es el único novelista de ideas que ha producido la década del 30.

Su novela *El aeródromo* ha sido calificada como una alegoría de nuestro tiempo y una crítica de la filosofía del poder, novelizada mediante la oposición de dos mundos, el natural y el mecanizado.

Elio Vittorini: *¿Hombres o no?* Novela. El autor es una de las figuras más interesantes de la nueva generación italiana.

¿Hombres o no? es una áspera narración de una técnica muy complicada y sabia. La traducción castellana es de Donato Chiachio.

En las Biografías Históricas y Novelescas de la Editorial LOSADA, esta de *Miranda*, muy bien hecha, muy oportuna, escrita por Mariano Picón-Salas, venezolano emotivo, de saber y de probidad.

Miranda en su drama psicológico y político. "...un destino de fe e incansable obstinación".

Libros recientes de la Editorial SUDAMERICANA, en Buenos Aires:

John Galsworthy: *Se alquila*. Traducción de León Mirlas. Con este tomo concluye *La saga de los Fortsyte*, narración que es la encarnación íntima de la perturbación que provoca la Belleza en la vida de los hombres. Irene es la que encarna en este caso la Belleza.

Harold Lamb: *Gengis Khan*, Emperador de todos los hombres. Traducción de Josefina Martínez Alinari.

Gengis Khan es la figura casi legendaria del más grande de los conquistadores del mundo.

HAGASE DE ESTOS LIBROS:

Pablo Neruda: *Selección*. 353 pp. 2da. edición aumentada. Nascimento	₡ 20.—
Cornelio Hispano: *Kerylos*. Laudes de la Belleza y el Amor	10.—
Juan Larrea: *Rendición de Espíritu*. Cuadernos Americanos. 2 tomos	20.—
Charles Singer: *Historia de la Ciencia*. Fondo de Cultura Económica. México	15.—
Roberto Brenes Mesén: *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana*	12.—
Sara de Ibáñez: *Pastoral*. Cuadernos Americanos	6.—

En la oficina del *Rep. Amer.*

En la Editorial AMERICALEE, de Buenos Aaires, esta novela:

Caonex.

El autor es joven, dominicano, con reputación ya bien ganada.

Hay en sus obras una honda preocupación por América y sus hombres.

Se trata de una novela dominicana, cuya lectura impresiona muy bien, a juicio de las mujeres que saben apreciar.

El FONDO DE CULTURA ECONOMICA, de México, D. F., se anuncia con estos libros:

Panorama de la cultura cubana. Por Félix Lizaso.

En la ya famosa Colección *Tierra Firme*.

Lizaso es autoridad mayor por su habilidad para hallar a Cuba en su historia. Es un maestro en Ensayo y Biografía.

Dos etapas del Pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo. Por Leonoldo Zea.

Este libro ofrece una visión de conjunto de una de las etapas má simportantes del pensamiento hispanoamericano. Hispanoamérica, ya independiente, discute con pasión los problemas de su incorporación a las nuevas corrientes sociales, políticas y educativas.

La Introducción de la Filosofía Moderna en España. Por Olga Victoria Quiroz-Martínez.

Es una publicación de seminario del Colegio de México. Se trata del Eclecticismo Español de los siglos XVII y XVIII, visto desde el punto conservador y el de innovación. Hay polémica, en un ánimo conciliatorio y de asimilación, entre lo antiguo y lo moderno.

Con esta tesis la autora obtuvo el grado de Maestra en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los Derechos del Hombre. Estudios y comentarios en torno a la nueva Declaración.

Es el resultado de una reunión de la U.N.F.S.C.O.

33 filósofos de naciones diversas que discuten, con ideologías en contraste, de civilizaciones y culturas distintas.

Hay selección de textos. Lectura muy interesante para los llamados dirigentes en este mundo a tientas y a locas.